

Corrector: en los diálogos el acento del Ser es mexicano, mientras que el del narrador y el de la Diosa es rioplatense.

ERCOLE LISSARDI

EL SER DE LUZ

Y

LA DIOSA IDIOTA

## EL SER DE LUZ

Ella era un Ser de Luz. No se puede escribir Ser de Luz sin mayúsculas. Al decirlo sonará igual, pero al escribirlo la diferencia y, sobre todo, el sentido de la diferencia, es ineludible.

No hay manera de demostrar esa condición en una persona. Hay que convivir con el Ser de Luz, estando uno tan espiritualmente receptivo como sea posible, absorto en la observación de su existir, y sin pensar en otra cosa, para que finalmente, si uno es realmente merecedor de tal privilegio, cosa que no se gana en un concurso de talentos ni se compra en la farmacia, finalmente, digo, aunque no necesariamente al final sino en un momento cualquiera, imprevisible, indistinguible de todos los demás momentos excepto por el hecho de que es el momento en que la revelación sucede, finalmente la condición, su condición, la condición de Ser de Luz, se hace evidente, ineludible, tan concluyente como lo es la convicción de que es el mismo sol el que amanece cada mañana.

A mí se me hizo evidente, para ser preciso, en el frío de la primerísima mañana, primerísima porque era la mañana de la noche en que la conocí, y primerísima porque era la mañana en ese momento en que ya hay resplandor, sin que aparezca todavía el sol. Adiviné, pues, su condición, antes del amanecer de nuestra primera noche: un privilegio que sigo sin merecer. Estamos en un jardín, junto a una pared de piedra, luego de una noche blanca, de conversación y alcohol, en la que sin saber por qué me empeñé en exhibir para ella todas mis pobres plumas de pavo real. Estamos, pues, en el resplandor frío de la primera mañana, junto a la pared de piedra, como en penitencia, como si aquella pared cualquiera fuera nuestro Muro de los Lamentos, y entonces veo que llora, quedito, totalmente para sí, y le ladró un cuzco, con frío y hambre seguramente, y le cantó un gallo trasnochado, y tenía en la mano un caracol de jardín, y lentamente, sin saña, como con lástima, lo fue aplastando contra la piedra hasta que tuvo los dedos, sus deditos tan manchados de nicotina, empapados en la especie de moco que se escurría por entre las grietas de la caparazón hecha pedazos.

Fue en ese momento, que puedo revivir una y otra vez a voluntad, intacto en mi memoria con un nivel de precisión auténticamente alucinatorio, en ese preciso instante de luz fría y de piedra, de piedad cruel, de vida aplastada inútilmente, en ese instante de lágrima callada y quieta, que se me hizo evidente de toda evidencia, aunque todavía no con estas palabras, su condición: que ella era un Ser de Luz.

En cuanto al significado del acto sacrificial en sí mismo, no tengo dudas. Fue su manera de sellar otro pacto desfavorable con la vida, uno más a cambio del dudoso privilegio de ser un Ser de Luz. Fue para ella el momento de asumir que tendría que ser mi mujer, mía, del extranjero quizá demasiado guapo para su luminosa fealdad, pobre pavo real detentador de una labia tan pretenciosa como vacía, cosa para ella evidente, pienso ahora, tantos años después, evidente para ella, que de las cosas, y de las personas, y de lo que fuera, sólo era capaz de ver la verdad verdadera. No tengo dudas hoy del significado de su acto cruel y gratuito, pero no lo comprendí en aquel momento. En aquel momento solo fui capaz de captar la violencia y el misterio, lo cual, consiéntaseme, no era poca cosa dada mi falta de training en materia de seres sutiles.

Evidencia deslumbradora, pues, pero informable más allá de la vaga noción de que había cruzado una frontera invisible, de que el azar me había puesto, por puro capricho, en un lugar muy por encima de mis merecimientos, y que allí, en ese *otro* lado, más allá de todo lo que hubiera sido mi vida anterior, habría de permanecer a su servicio, haciendo de ahí en más y mientras así hubiera de ser, todo lo que humildemente estuviera en mis manos para hacerle un poco más soportable el dolor de transcurrir en este mundo atroz su existencia. Hoy puedo decir: su fugaz existencia de Ser de Luz.

Durante el plazo de mi servidumbre, porque plazo tenía, aunque yo solo lo supe una vez vencido, fui incesantemente testigo de sus artes de transformación de lo banal en sublime. Tuve ojos nuevos para ver lo que antes no veía. No porque ella se empeñara en mejorarme la visión. Ahora sé que, sin expresarlo de ninguna forma, me consideraba artísticamente inimputable. Soportaba mi servidumbre un poco con la paciencia con que el maestro zen soporta las torpezas de su discípulo, o con la indiferencia con que el caballero andante soporta las de su escudero confiando en que por lo menos sabrá levantarlo del suelo cuando yazga descalabrado dentro de su traje de lata. Si no para otra cosa, yo por lo menos le serviría para protegerla un poco de la atrocidad del mundo, a la que hay que enfrentar a menos que se quiera vivir encerrado, que no era en absoluto su programa.

En lo profundo de una noche gélida y mágica una insólita manada de caballos sueltos pasó frente a nuestro apartamento en el Eje de Eugenia. Bajé y me la encontré en la sala, a oscuras, fumando y dejándose calar por la cascada de música dulce y amistosa que producían los cascos desnudos sobre el asfalto. Es sorprendente la distancia que, con total nitidez, recorren los sonidos en el silencio de la noche a dos mil quinientos metros de altura. Diluido el último eco, sin encender la luz pero sí otro cigarrillo, sin prisa y sin pausa, como si el tiempo no existiera, en una gran tela blanca que desde hacía días esperaba en su caballete el destino que la convertiría en imagen, el Ser, repito que a oscuras, juro que a oscuras, pintó unos caballos fantasmales y veloces, dignos de las cuevas de Altamira. Lenta como si el tiempo no existiera la primera luz la descubrió aún soltando trazos que finalmente supe rojizos, sus trazos de siempre, reflexivos y seguros, como si se limitara a copiar con prolijidad los caballos que durante aquellos minutos de música pura habían venido a refugiarse en su mente.

-¿Qué hubo? -me preguntó como si recién se percatara de mi presencia inmóvil.

De pronto pareció como si el pincel le pesara demasiado y como si la mezcla de colores en la paleta ya no le dijera nada.

-¿A ti también te despertaron los caballitos? -preguntó, limpiando los pinceles y limpiándose las manos, como si yo fuera un niño y los caballos, imaginarios, hubieran irrumpido en mi sueño. Y sin esperar mi respuesta, sacudiendo al hablar el cigarrillo que le colgaba de los labios, siguió diciendo:- ¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a aprovechar el despertón y desayunamos en el mercado. A esta hora no hay más que domésticas y albañiles, y las tortillas y el guiso de pancita están recién hechos. Ya verás, es como estar en un pueblito.

Así les sucede a los Seres de Luz, viajan de una a otra esfera de su imaginaria sin necesidad de hacer pie en la realidad. Cruzamos pues el barrio a bordo de Cesare, el Borgward de los

cincuentas al que, por verse según ella tan extraño como un zombi en la banalidad de lo cotidiano, lo bautizó con el nombre del asistente del Doctor Caligari.

¿En qué consistía mi servidumbre? Mayormente en velarla durante sus estados catastróficos. En algún momento del mes, siempre imprevisible, el Ser de Luz caía en una especie de estupor, como de intoxicación, que la postraba a tal punto que era incapaz de salir de la cama. Se encuevaba entre las cobijas y permanecía día tras día como aletargada, como febril, incapaz de comunicarse, completamente inapetente, no dormida, aunque cuando los ojos se le abrían, si se le abrían, era incapaz de fijar en nada la mirada. Como un pescado moribundo, en la orilla, fuera del agua, mirando con un solo ojo, fijamente, el paso de las nubes.

No daba señales de notar mi presencia permanente a un lado de su cama, respirando por la boca para no molestarla con el ruido de la respiración nasal, sobre todo al suspirar, y por cierto que suspiraba desconsolado, con el alma en un puño, sin poder comprender que su divinidad se hundiera cíclicamente en un apagamiento casi catatónico. Nunca se me ocurrió forzar la presencia de un médico, presencia que siempre dejó en claro que no aceptaría. Así pues, falto de saberes y corto de entendederas, incapaz contradecirla en nada así se encontrara, que no era al caso, al borde de la muerte, terminé por asumir que sus estados catastróficos eran auténticos apagones de un alma sometida a demasiadas intensidades.

Un día cualquiera, cuando yo ya bordeaba la depresión, la vida regresaba, el Ser de Luz resucitaba, y fresca como una lechuga salía otra vez, con su escudero detrás, al mundo, pero no al mundo revestido de su atrocidad habitual sino devenido País de las Maravillas, cuyas estaciones ella revisitaba, mostrándome, para mi inagotable asombro toda su humilde belleza y encanto. Cruzábamos de un lado al otro, como si lo sobrevoláramos, el laberinto inextricable de la ciudad infernal, solo para comprobar que tal o cual mínima expresión, la más ínfima y vulnerabeta, seguía allí donde ella la recordaba, impermeable a todo aquello a lo que ni vale la pena darle un nombre, aunque ella, en tanto Ser de Luz, bien sabía de qué se trataba.

Hubo un día en que, acorralada por mi angustia, me explicó que padecía del llamado síndrome premenstrual. Pero no hubo manera de convencerla de que seguramente existiría alguna pastillita que la ayudaría a sobrellevar sus días de tinieblas. Ahora, con el paso del tiempo, porque para mí no hay iluminaciones, todo es reptando penosamente por los arenales del tiempo, he comprendido que, síndrome premenstrual o no, poco importa, lo que ella creía era que en aquellos días sin historia lo que le sucedía era una especie de hibernación en la que se purgaba, apagadas todas sus funciones, para reencontrarse con el núcleo de su energía, para concentrar y recargar su energía, se purgaba, digo, de toda la mierda que inevitablemente se le va acumulando a uno por el mero hecho de existir en el mundo, lo sepa uno o no, y ella bien que lo sabía.

Si no hubiera sido servidumbre voluntaria sino actividad mercenaria, trabajo de acompañante terapéutico o de enfermería, aquel velar al pie de sus abismos no me hubiera pesado tanto, o me hubiera pesado nada. Pero yo estaba dolorosamente consciente de que mi velar era junto a una llamita a punto de apagarse y que esa llamita era la única luz con que se iluminaba este atroz y estúpido mundo, aunque no lo supiera. Y así, mi velar era velar angustia con angustia, mascullando promesas y maldiciones para que regresara a la vida o porque no regresaba a la vida, incapaz de alejarme ni unos pocos metros de aquella su batalla, mi batalla, la de todos,

contra las tinieblas. Confieso que durante aquellos días, cuando iba al baño, por cualquier cosa dejaba la puerta abierta.

Pero cuando por fin una mañana todo había terminado y el Ser salía de su letargo, ¡Alabado sea el Santísimo!, confieso sin vergüenza que lloraba de alegría al verla sonreír, desayunar con apetito, hacer planes para cruzar una vez más la ciudad demente, grácil como una mariposa inmune a la polución atmosférica, para ir quién sabe a dónde para recoger quién sabe qué humilde perla de la más alta sabiduría. Finalizada su hibernación, finalizado mi Purgatorio, la atrocidad del mundo y las fuerzas de las tinieblas nada podían contra nosotros, se disolvían impotentes ante la tranquila certeza con que la Iluminada y su Escudero partían en busca del más insospechado, del más aparentemente insignificante de todos los giales. Era mi tiempo de cosecha, cuanto era capaz de comprender, lo comprendía, cuanto era capaz de aprender, lo aprendía, y así, poco a poco, como materia basta que se resiste a dejar de serlo, me iba transformando como se va transformando, a menos que sea totalmente estúpido, que no lo soy, el discípulo, simplemente observando existir al Maestro.

Por supuesto, hubo un momento a partir del cual el dolor de velarla en sus abismos, cedió. Se me hizo callo. Era eso o perder el equilibrio. Le tomé el tiempo a sus hibernaciones, y sin dejar de velarla pude empezar a vivir su apagón de otra manera. Por momentos pude desconectarme de la tensión entre el deslumbramiento sin límites, y el temor a que la divinidad deje de serlo y se convierta en una muchacha más bien bajita y regordeta, de modales un tanto absurdamente obsequiosos, a la manera de los orientales -quiero decir: de los orientales de Oriente-, siempre con un dejo de ironía o socarronería en el tono de voz o en la sonrisa, y que fuma un Raleigh tras otro, como si de no sostener uno entre los dedos se sintiera poco menos que desnuda.

¿La amaba? ¿La amé? ¿La deseaba? Apenas me planteo estas preguntas las descarto por irrelevantes. No podía en realidad amarla porque no era una mujer. Vivíamos como si fuera mi mujer, y la trataba en público como si lo fuera, cosa que nunca objetó, pero no era mi mujer. Si hubiera podido simplemente amarla no hubiera podido adorarla como se adora a un Ser de Luz. Desearla, sí, la deseaba, un violento deseo de posesión de su secreto, de su misterio me quemaba el alma, pero con suficiente sensatez como para solo expresarse mediante la servidumbre. Vagamente imaginaba yo que ella no sabría qué hacer si le echaba encima la jauría desenfrenada de mis deseos. ¿Sabría, no sabría, qué haría? Stricto sensu, nunca lo supe. Deseaba poseerla en su esencia más que nada o nadie que hubiera deseado en el mundo, y hechas todas las cuentas, ahora, tanto tiempo después, hay momentos, viles chisporroteos en el fluir del tiempo, en que reconozco en mí la sombra de su magia, sombra con la que me alcanza para acceder cada tanto a una escritura si no trascendente por lo menos decorativa.

Que Dios la tenga en su gloria y a mí me deje vegetar un rato más por estos páramos desolados que son el vivir la vida. Auto-profética, me dejó en claro que su vida no duraría tanto como para dejar de ser joven. Por eso no me golpeó ni me sorprendió la noticia de su muerte. La llama se había finalmente apagado, pero me ahorró dolor y lamentos el que hubiera dejado en mí, en pago por mi plazo de servidumbre, este pobre resplandor que me basta por lo menos para no despreciarme y para engañar a los más tontos de mis contrarios.

¿La deseé física, sexualmente? No sabría decirlo. El haber decidido, creo que mutua y espontáneamente, convivir, nos daba a ambos el derecho o el deber de acceder al cuerpo del otro, así me pareció, como es lógico y normal, y deseándola verdaderamente o no, actué en consecuencia, pero la pasividad, la blanda resistencia con la que se me ofrecía nunca se convirtieron en un abrazo, y la intrusión de mi carne en la suya, que nunca la conmovió, en absoluto, nunca tuvo para a mí otro sabor que el de la grosería, lo obsceno, lo anti-natural, el forzamiento y, en última instancia, la violación. No tardé en desistir, y ella no hizo nada para evitarlo. Prescindimos, pues. Sin explicaciones y sin reproches. Podría adornarlo diciendo que decidimos ser esposos solamente en el espíritu, y no en la carne, pero sería mentir, porque ese matrimonio en el espíritu hubiera sido imposible, ya que yo, en el espíritu no le llegaba a ella a la suela de los zapatos. Ni siquiera quiso mi débito conyugal en tanto servidumbre, en tanto gimnasia higiénica, servidumbre que yo hubiera también aceptado, bastando para ello con que me la exigiera.

Así fue cómo, incapaz de alejarme de ella lo suficiente como para conseguir alivio en otro cuerpo, ya que mi servidumbre, para lo que le sirviera, era, como se dice hoy, 24/7, así fue cómo, decía, incurrí en el desierto de la abstinencia y de las malas prácticas que, exageradas, me dejaban más infeliz que satisfecho. Lamentablemente tuve que aprender de la peor manera que, aunque su cuerpo no le respondía al mío, no estaba exenta de apetitos sexuales. Sucedió que, al cabo de años de pudoroso matrimonio, porque humanamente no podía no sucederme, cedí ante una muchacha, colombiana ella, que en su oferta incluía varios de los ingredientes a los que nunca he sabido resistirme. No sé cómo El Ser se enteró. Creo que yo mismo, en un momento de rebelión desesperada, arriesgándome a perder lo más valioso para quizá cambiar el modo de relacionarnos, se lo dije. La respuesta no se hizo esperar. Un amanecer, otro amanecer, porque con la primera luz del día es que se accede a las evidencias, tanto a las sublimes como a las horrorosas, ese amanecer, luego de una noche de conversación y bebida, el Ser bajó a abrir la puerta del edificio a nuestro invitado, alguien a quien yo consideraba mi amistad más sólida, y desde una ventana del patio interior que permite ver la entrada, vi cómo en el despedirse ponían una pasión que no necesitaba más explicaciones. En ese momento comprendí no solo que el Ser no estaba en realidad exento de impulso erótico sino que, además, yo le había importado lo suficiente como para despreciarme y vengarse de la manera más vulgar imaginable.

Nos separamos poco después, sin escenas de reproches, de hecho, sin exposiciones de motivos. ¿Qué podría yo reprocharle a quien más que nadie me había hecho rico, con la verdadera riqueza? Recordarla es uno de los faros a los que recurro cuando estoy por naufragar en mi propia mediocridad. El faro más especial, porque está construido con los ladrillos de mi propia experiencia y no con los de mis lecturas.

Recuerdo que una mañana estábamos desayunando y el Ser dijo:

-Estaría padrísimo ir al Lago de Texcoco.

No lo recuerdo con precisión, pero seguramente sería una de esas mañanas de después del apagón, en que nos sentíamos súper energéticos y dispuestos a salir al puto mundo en busca de alguna de las maravillas que le oculta a los que no tienen ojos para ver. Estuve rápidamente de acuerdo. Viviendo en el Valle, polvoriento de tan seco, he sentido por primera vez la

nostalgia del mar. La idea de sentarme en la orilla de un lago, con los pies en el agua fresca, a la sombra de unos sauces llorones, me pareció magnífica. El Ser trajo su libro de Geografía de cuando era escolar, que se veía por demás antiguo y reimpresso numerosas veces año tras año.

-Queda lejos ¿ves? Es acá -dijo, y con su dedito amarillo de nicotina señaló, en la parte superior del mapa del Valle una gran mancha azul.

Me impresionó el tamaño de la mancha.

-Es enorme -comenté-. Le daría de beber a toda la ciudad, calculo...

Claro está que en el viejo mapa la ciudad se veía bastante más pequeña que la actual.

-Y es re-lejos -dije.

Nosotros vivíamos bien al sur del Valle.

-Ni tanto -dijo el Ser, y desplazando el dedito sobre el mapa, agregó:- Es atrasito del aeropuerto. Tenemos que dar toda una vuelta. Por aquí -y el dedito describió toda una parábola que aterrizaba en el pueblo de Texcoco, como si supiera muy bien el camino.

-¿Estuviste allí? -pregunté algo inquieto.

-No, pero mi abuelo siempre me decía que me iba a llevar. Nunca lo hizo. Pero me contó tantas veces cómo llegaríamos al lago que es como si tuviera un mapa en la cabeza.

Intuí que nada impediría la excursión, y acostumbrado a que al final ella siempre tenía razón, y que allí mismo donde fuéramos a dar nos esperaba alguno de sus momentos mágicos, ni chisté. Salimos, pues, al rato, a lomos de Cesare: la Quijota y su escudero.

Era efectivamente toda una vuelta por los andurriales superpoblados más desangelados imaginables. Cruzamos barriadas infinitas de casuchas idénticas, hasta el final de avenidas cada vez más polvorientas y llenas de baches. Después vinieron las carreteras entre caseríos apretados que trepaban por las colinas y se perdían en el horizonte. Hasta que, en algún momento, ya pasado el mediodía llegamos a Texcoco. Polvoriento y con poca sombra. Algunos edificios de aspecto colonial en torno a la plaza, y un gran patio en el que servían barbacoa recién desenterrada. Maravilloso. Bebimos cerveza con tequila. Y litros de Coca Cola tibia. Preguntamos cómo llegar al Lago de Texcoco. No los sorprendió la pregunta. O porque viven en la Luna o porque el güerito les pareció Licenciado en algo, y, por consiguiente, seguramente que sabía de qué hablaba. Nos indicaron que había que tomar por aquí y después por allá y después derecho, derecho...

-¿Hasta dónde? -pregunté.

-Pues hasta donde gusten, porque ahí nomasito ya están en el gran Lago de Texcoco -fue la respuesta.

A poco de andar, siguiendo las indicaciones y dejando atrás el pueblo de Texcoco, estábamos cruzando una llanura absolutamente chata, polvorienta, sin límite alguno a la vista, más deshabitada que la Luna, sin un árbol, ni un matorral, ni tan siquiera un cactus. Por supuesto que no había un solo cartel indicador. No sé cuánto rato avanzamos a ciegas siguiendo aquello que no era más que una huella apenas perceptible en el polvo, aunque prodigiosamente recta en dirección a la nada, y levantando una gran nube de polvo al santo botón. Sin mediar aviso

Cesare se detuvo en medio de la polvareda. Esperamos a que el polvo volviera a asentarse antes de abrir las puertas y salir. El Ser encendió un Raleigh y finalmente dijo:

-Ya es más de media tarde. En un rato va a empezar a atardecer.

Y después:

-Nos vamos a quedar sin gasolina en medio de este desierto.

Entonces, ya muy alto y trepando cielo arriba, como una flecha plateada lanzada hacia la estratósfera, vimos un avión. Silencioso como una mojarra en su pecera.

-O sea que para allá -dije, señalando en la dirección de la huella- queda el aeropuerto.

-Sí, pero muy lejos -dijo, como si hubiera calculado la distancia del aeropuerto por la altura en que volaba el avión.

Y después, reflexiva, con el cigarrillo entre los dedos y arrancándose pellejitos de los labios:

-¿Sabes qué? *Estamos* en el Lago de Texcoco.

No entendí. Pensé que había visto algo que yo no. Giré, nervioso, mirando en derredor.

-Solo que ya no hay más lago -agregó.

Comprendí de inmediato que tenía razón: por más absurdo y misterioso que me pudiera parecer, el gran Lago de Texcoco había desaparecido.

-Esto -dijo, echando una mirada en derredor a la polvareda lunar- es el fondo del lago.

El Ser tomó fotografías. Piedras, polvo, horizontes, finalmente yo, apoyado contra el Borgward. No quiso una foto suya.

Visto lo que había para ver, o sea, nada, meamos, uno a cada lado del Borgward, y comenzamos el regreso. Llegamos ya anocheciendo, exhaustos y sin poder salir de la impresión que nos causaba haber estado buscando un lago famoso, pero ya inexistente, y que, como supimos después, al rato, haciendo consultas telefónicas urgentes con la parte más añosa de sus amistades, no existía desde hacía décadas, sorbido y succionado hasta la última gota por la monstruosa megalópolis.

-Hechas todas las cuentas resulta que el abuelo nunca estuvo en el Lago de Texcoco -dijo, ya duchados y destapando unas cervezas-. Eran cuentos que me hacía para entretenerme -concluyó, y quedó callada bebiendo a sorbitos, perdida en reflexiones y recuerdos.

Así era con el Ser de Luz, capaz de las más entusiastas excursiones a lugares ya inexistentes en los que nada había para ver excepto Luz, más Luz.

El Ser de Luz no comparte la estética del atuendo femenino característica, en todos los niveles sociales, de sus connacionales, y conocida como "la estética del Arbolito de Navidad". Al contrario, su presentación encarna la idea de la sencillez y la discreción tal y como la dictan la delicadeza y el buen gusto. Rara vez el Ser no viste jeans, una blusa blanca con cuello de puntilla casi infantil, y un saquito nada llamativo de hilo color ocre, o de lana azul con florecitas



blancas tejidas a crochet. Este es su atuendo cotidiano, su “uniforme” del que rara vez se aparta, razón por la cual, seguramente, es que recuerdo su apariencia con una precisión que me sorprende. Así vestida se diferenciaba de sus connacionales como si proviniera de las Antípodas, aunque también ella lleva la raza afichada en la piel mate más bien oscura y en el pelo negro, lacio y brillante, que lleva muy corto.

Nunca la vi apurarse, para nada, ni siquiera en medio de un temblor de tierra, y nunca le vi gestos o movimientos bruscos, como si una condición indefinible la constriñera a los extremos de una especie de dignidad, digamos, mayestática. No conocí gente de ningún nivel social que no captara y respetara esa cosa principesca que emana de ella. No que le pongan alfombras rojas o que se persignen o inclinen a su paso, pero espontáneamente se la trata con la deferencia que despierta, así sea invisible, la marca de una superioridad tan indefinible como indiscutible. Princesa, chamana, ungida, vidente, artífice, artista, santona, joya secreta de su comunidad, lo que sea, pero alguien que inevitablemente inspira reverencia, más que física, espiritual, o mental, aunque no se tenga palabras para justificarla.

Nunca hasta ahora había intentado retratarla, atraparla en una imagen. Sé bien por qué. Por temor a la frustración, a no poder dar más que un pálido simulacro. Cuando veo en las pocas fotos que me quedaron de ella -el nuestro no era aún el tiempo de los celulares- la desaparición de su aura, estoy seguro de que nada mejor podría conseguir con mis palabras. O quizá nunca lo intenté por el temor opuesto: el de captar como por milagro toda su serena majestad, exponiendo así la angustia callada y la Pasión que implica su sacerdocio, exponerla en su esencia, crudamente, como en una foto de prontuario policial, abierta a la vulgarización y al escarnio del idiota que inevitablemente preguntará entre el asombro y la burla: ¿Y eso era todo?

Este súbito, inesperado, inédito deseo de dar cuenta del Ser valiéndome de esta baba rara pero resistente que no acaba de salir nunca de mí, hecha tinta y garabato, a la que llamo mi escritura, este deseo encubre en realidad otro deseo, el deseo, a los tantos años de mi edad, de poner las cosas en su lugar, de restituir al Ser de Luz su lugar en mi panteón, valga este lo que valga, aboliendo la distancia sideral con que nos separó la crueldad de aquella, su venganza. Y es en este punto, en que comprendo la razón oculta del impulso que me lanzó a esta escritura, es en este preciso punto, desde el cual no puedo sino tomar nota de la responsabilidad que estoy asumiendo al tratar de volver accesible y vulgarizable este don único del Ser que es el Ser de Luz, es en este punto preciso que comprendo, con amargura en el corazón, que en realidad no puedo dar cuenta del sereno y efímero esplendor del Ser de Luz, que por más que lo intente no puedo sino reducir su esencia, a la que sólo accedí por medio de una evidencia tan incontrastable como inexpressable, a una especie de estampita religiosa, tan fina y delicada como se quiera y pueda, ante la cual, finalmente con la tranquilidad de alma del auténtico creyente, con todos los duelos hechos y los pasaportes sellados, pueda yo hacer la paz con el hecho, por siempre incomprensible, de haberte tenido y de haberte perdido.

Así, lento y trabajoso, dubitativo, avanzaba en mi retrato del Ser de Luz, preguntándome en qué momento el impulso cedería y se cegarían las fuentes del recuerdo, volviendo atrás una y otra vez para corregir y recorregir, suprimir y agregar, siempre con la angustiante convicción de que seguramente habría mejores, más justas palabras, más aptas para dar cuenta del Ser,

resistiéndome línea por línea, renglón por renglón, como en una guerra de trincheras, al deseo de darme por vencido y proceder a quemar este cuaderno.

Entonces, de pronto, a saber por qué en este momento, de pronto veo clarita en mi mente, como un neón en la noche o como un mensaje de Zurita escrito en el azul del cielo, la pregunta más inútil del mundo, la pregunta sin respuesta ni consecuencia alguna: ¿qué hubiera pasado si en medio de mi monacal servidumbre, y no veinte años después, hubiera conocido a la Diosa Idiota?

## LA DIOSA IDIOTA

La Diosa era la mujer -discúlpese la paradoja- de uno de mis más admirados colegas, que me distinguía, además, con su amistad. La conocía, pues, y la veía regularmente, por lo menos desde dos años antes de que la chispa incendiara la pradera. A la luz de los posteriores acontecimientos no puedo negar que, más o menos conscientemente, no sólo en mi indisimulada admiración por el colega, se sostenía lo que mejor llamaría nuestra *cercanía* que nuestra *amistad*.

Simplemente porque escribí ya, hace largos años, acerca de mi relación con la Diosa, no voy a pretender traerla a colación sin más, como si los lectores de este texto ya conocieran aquel otro. Por lo demás, aquello que escribí y publiqué lo que dice es, precisamente, que nunca la conocí realmente, que ella siempre fue un enigma para mí, que nunca comprendí la lógica de su actitud para conmigo, por más que se entregara tan completamente a mí... cuando conseguía ponerle las manos encima. Actué con ella como un auténtico depredador: no sólo quería devorar hasta el último repliegue de su cuerpo, quería también que explicitara su total capitulación, que me dijera, palabra por palabra, que yo era todo su cielo, que me amaba por sobre todas las cosas de este puto mundo, y que ya no quería ni podía vivir sin mí. Cosa por completo imposible, porque ese lugar ya estaba ocupado: amaba a su marido para siempre, hasta que la muerte los separara, que fue lo que pasó.

Admito, desde ya, que el deseo de un escritor por la mujer de otro escritor puede estar motivado por razones o sinrazones secretas, por completo inconfesables. Si el guerrero cree que al devorar el corazón de su enemigo se apropia de su valor o de su fuerza, también puede ser cierto que el escritor crea que poseyendo a la mujer del colega se apropia del talento o de cualquier otra virtud literaria que le envidia. Pero aun cuando, en alguna medida, esto fuera cierto en nuestro caso, no era menos cierto que, a partir del momento en que saltó la chispa, nunca viví mi deseo de la Diosa desde el cinismo: siempre fue algo arrasador, incontrolable e inextinguible, y no hubo en mi mente más que la urgencia de poseerla hasta lo más íntimo de su intimidad, independientemente de cualquiera otra circunstancia.

Ahora bien... si yo sabía, y lo supe desde el comienzo, que la Diosa amaba, y amaría por sobre todo a su marido, y que jamás lo dejaría, ¿a qué viene la jerigonza, incesante en mi escrito, según la cual no comprendía su actitud para conmigo, no permitiéndome tenerla tanto como la deseaba? Motivaba la queja el hecho de que la Diosa se resistía a hacer más frecuentes sus visitas a mi apartamento. Por más que la requiriera se excusaba, y estiraba el plazo antes de la próxima visita hasta que me veía desesperado y a punto de estallar a saber con qué consecuencias. Entonces venía, al atardecer, y se quedaba sin límite de tiempo, hasta el amanecer a menudo, y se libraba a mi apetito inextinguible, a mi voracidad sin límite, en polvos que duraban horas, no pocas veces mismo hasta el amanecer, sin interrupciones más que para mear y beber vino blanco bien frío, su preferido, del que le ofrecía yo los más caros que pudiera encontrar.

¿Qué más quería yo de ella? ¿Por qué no me daba por satisfecho con lo que me daba, que podría ser poco según mi opinión y mi deseo, pero que era un bocado exquisito? ¿Quería quitársela a él? ¿Por envidia, para vengarme de su talento, porque no soportaba que además de su talento y su inteligencia tuviera a la Diosa? ¿Y para qué la quería? ¿Quería hacerla mi

mujer y vivir juntos y felices forever after? No, no lo creo, honestamente no lo creo, porque para mí la Diosa era una persona espiritualmente superficial, no había riqueza espiritual en ella, había tontera un tanto frívola, que era lo que, se me ocurría, la llevaba a jugar conmigo al gato y al ratón. La Diosa *Idiota* empecé a llamarla para mis adentros, y si soy honesto hasta la crueldad para conmigo mismo diría que en el fondo sabía que si lograba separarla de él pronto yo la dejaría, porque desde siempre ha triunfado en mí la infatuación según la cual solo a mujeres inteligentes y talentosas debía verdaderamente unirle.

No sé cuánto tiempo viví permanentemente en la espera de que me confirmara cada nueva visita. Mucho. Tres años, o casi. Fue un tiempo de total alienación en el que nada podía hacer más que vivir la ansiedad de cada espera. Miento un poco. En realidad, luego de cada visita durante un par de días vivía en las nubes, caminaba sin tocar el piso, en un estado de placer total, deglutiendo lentamente lo devorado, alienado ahora en la delicia sublime con que mi cuerpo se había cargado durante la cogida de horas. Sólo cuando la nube se disolvía y volvía a encontrarme en el frío vacío de la abstinencia de su adorado cuerpo, recomenzaba la pesadilla.

Por cuantagotas pero la Diosa era mi amante. ¿Lo sabía él? ¿Lo supo siempre? No lo sé. alguna vez se lo pregunté a la Diosa. Le pregunté cómo hacía para ocultar lo nuestro volviendo a cualquier hora de la noche.

-Se emborracha y se duerme temprano -respondió-. O le digo que estuve con amigos. No importa, porque igual en cinco minutos se olvidó de lo que le dije.

En algún momento él lo supo, como me dio a entender después, cuando todo había concluido. ¿Por qué permitió que sucediera, y por qué durante tanto tiempo? ¿Era mi relación con la Diosa consecuencia de una pareja en crisis, rota, a punto de disolverse? Para nada. Ella lo amaba y separarla de él estaba en realidad fuera de cuestión, estaban unidos de por vida, cosa que efectivamente sucedió ya que ella estuvo a su lado a la hora de su muerte. Cuando escribí sobre la Diosa este final sublime todavía no había ocurrido. De haber ocurrido, quizá por respeto, no la hubiera llamado la Diosa Idiota. Pero ahora para mí ella ya no puede ser sino La Diosa Idiota. Como que se ha convertido para siempre ya en el personaje de mi texto. En realidad, al evocarla apenas puedo, si es que puedo, separarla de ese ser real que revela y demuestra su destino cumplido, es decir, el destino cumplido por ambos de estar juntos hasta el final. Y ni me imagino decir algo acerca de ese ser real, que es de él, que siempre fue de él y que ahora será de él para siempre.

Todo esto para decir que aquella de la que hablo, de la que puedo hablar, a la que convoco en la cuestión retórica de hacerla coexistir en mi vida con el Ser de Luz, es la Diosa Idiota, tal y como me la inventé en un delirio de escritura hace ya quizá diez años. Esto no quiere decir que ahora vaya a releerme, para asegurarme de ser fiel a mi personaje. No. La dejo en libertad para que abuse de mi imaginación y del deseo de tenerla que, a veinte años del fin de lo nuestro, sigue en mí tan inextinguible como una Zarza Ardiente. Tan inextinguible como el deseo, muy diferente, que me sigue uniéndome al Ser de Luz, al que también dejo en libertad para que, desde la eternidad que le haya tocado, abuse de mi recuerdo si es que ha conservado alguno. Doble abuso sin el cual responder a la pregunta de qué pasaría si coincidieran en mi vida, sería imposible.

¿Por qué quiso, por qué aceptó la Diosa ser mi amante si estaba tan inoxidablemente unida a su hombre? ¿No tenían sexo? ¿Fue el puro hambre sexual lo que la atrajo a mi madriguera? No, sexo tenían, por más peculiar que fuera, según me lo confesó. Quizá ella necesitaba en su vida, atado a ella, alguien más *sólido* que su marido que, ombliguista delirante como tantos artistas verdaderos, ninguneado por los intelectuales, angustiado, deprimido y furioso, apenas podía alimentarla, y si tenían un techo era porque alguien de la familia, compasivo, les había cedido el uso de un apartamento. Desde el comienzo la principal estrategia para seducirla y para conservarla atada a mí fue convencerla de ser yo el amigo más fiel de su hombre, el incondicional defensor de su talento, asumiendo circunstancias adecuadas para expresar en público mi admiración, presentando alguno de sus libros y elogiándolo sin reservas en entrevistas. Tanto trabajé esta imagen que puedo decir que prácticamente de lo único, entre lo poco que conversaba con la Diosa, era acerca de la vida, milagros y desgracias de su marido. Llegamos a hablar de él mientras cogíamos, ella seguramente para calmar sus culpas o sus ansiedades, yo por puro morbo, porque afrodisíacos era lo que menos necesitaba. Calmada mi bestia voraz, si sobraba algún tiempo yo mismo la invitaba a ponerme al día con los problemas de su hombre, problemas de los que la consolaba asegurándole que pronto se haría justicia, y encontrarían la manera de resolverlos, cosa que no dejaba de aliviarla. Más que su amante, o además de su amante, parecía como si fuera yo su amigo íntimo y confidente, cumpliendo funciones en materia de consejero conyugal o como augur del futuro de felicidad y bonanza que los esperaba, y que, hasta donde supe, nunca les llegaría. No a él, por lo menos.

Si lo que buscaba en mí, más que, o además de un amante era un contrapeso para el caos de su vida de pareja, lo conseguía, porque yo, disimulando toda hipocresía, la secundaba incansablemente en el elogio al genio incomprendido, y la exhortaba a mantener en alto el estandarte de su amor en la seguridad de que no tardarían en llegar los días de la paz, la felicidad y la bonanza de los que disfrutarían por siempre jamás. Cogíamos hasta quedar exhaustos y aturcidos, para luego, desnudos nuestros cuerpos haciendo de altar, jurar fidelidad a nuestro amado y admirado tercero en discordia. Ese era el menú. A mí me servía menos de lo esperado en materia de hacer más frecuentes sus visitas, pero a ella la compensaba por el tembladeral en que vivía. Por aquel entonces el dinero no me faltaba, de manera que lo utilizaba también para comunicarle una sensación de solidez y de seguridad. A menudo los visitaba al atardecer, acarreando alimentos y bebidas exquisitos. Y financié sus fiestas de cumpleaños para que en ellas el genio incomprendido pudiera darse el gusto de ladrarles a sus fieles y a sus enemigos todas sus verdades. No quiero decir con esto que la Diosa me vendiera sus favores. Ni se me ocurre. Ella encontraba en mí, calculo, porque todo esto es especulación, la otra mitad, la que le faltaba para tener, entre los dos un hombre completo, perfecto: sólido y confiable por mi lado, y genial por el de su marido. Éramos, sin saberlo, una especie de triángulo perfecto. Otra razón no se me ocurre para que cediera a mi asedio y para que una vez que cedió persistiera en la entrega durante tres años.

Era hermosa sin atenuantes. Pero había que verla desnuda para apreciar la verdadera calidad de su belleza. Vestida podía pasar desapercibida. No tenía un especial buen gusto, ni dinero para pagárselo. Se negaba a aceptar mi dinero para ese fin, porque no sabría cómo justificarlo

ante su marido. Con la Diosa no era cosa de qué culo, o qué tetas, o qué ojos, o qué boca, y como además nunca asumía poses o actitudes de alguna manera sensuales o provocativas, vestida realmente podía pasar desapercibida. Desnuda su belleza era... conmovedora. Era la belleza de una Diosa. Su cuerpo, delgado, era de una dulce armonía, no expresaba energía sino suavidad. Su piel era muy blanca y sus vellos y cabellos oscuros, como sus ojos. El sol parecía no haber rozado nunca su piel. Sus pechos eran pequeños, pero redondos como manzanas, y sus pezones pequeños, y rosados como sus labios. Delicada de rasgos, no la recuerdo sino sonriente, con esa alegría tranquila que es la marca de la ingenuidad profunda. La Diosa era aérea y su desnudez estaba hecha para ser exhibida y para ser contemplada tan solo por los ojos que saben ver con la calma y la conciencia de estar ante un milagro, como lo exigen las obras maestras. Aéreo era también su carácter, ligero como la brisa en primavera, con esa actitud entre juguetona y divertida por estandarte. Ser sin filosofía, sin profundidad, sin pensamientos exhibidos y sin pensamientos ocultos, de ánimo siempre alado, mariposa a la que daban ganas de atraparla y beberla como se bebe el elixir de la felicidad. No se merecía, no era para ella la vida de privaciones y amarguras que podía ofrecerle el genio incomprendido.

Tal era la sed de ella en la que me consumí en cuanto me saqué la venda de los ojos, asumí con honestidad el deseo que me inspiraba, dejé de reprimirme y conseguí ponerle las manos encima, que se me desató una verdadera paranoia de abandono según la cual cada encuentro que me concedía sería el último, de manera que el tiempo que mediaba hasta tenerla otra vez era el tiempo de la angustia hasta la desesperación, aunque ni siquiera me insinuó, nunca, que ya no quisiera más de mí. Y sin embargo, excusa tras excusa, me llevaba a rogarle que viniera a verme muchas más veces que las que a mí me parecía razonable y necesario. No era como si se sintiera culpable de ser infiel a su hombre. Nunca insinuó nada en ese sentido. Más bien me parecía que, en ese movimiento pendular entre uno y el otro, temía realmente y en serio terminar cayendo de mi lado. Cosa que para ella era impensable e inaceptable, porque era al genio al que amaba. Jamás se me ocurrió que me hiciera rogar para regodearse en la intensidad creciente de mis ansias, aunque, en realidad, bien pudiera ser eso, pura frivolidad, al fin y al cabo la Diosa era también mujer, y es bien sabido que despertar y frustrar a la bestia del deseo es uno de los deportes favoritos de las mujeres.

Lo único cierto es que cuando cedía y acudía, y al atardecer llegaba a casa arregladita, fragante, deliciosa, ingenuamente voluptuosa, venía a darse absolutamente, sin límites, sin lugar para protocolos y explicaciones, pasando de inmediato a lo que ella parecía estar necesitando no menos que yo: venía a entregarse a lo que la ferocidad sexual que despertaba en mí le exigiera, a manera a la vez de premio y de castigo por haber tardado tanto en decidirse. Y yo la devoraba, decidido no a echarle un polvo sino a hacerla polvo, a usarla hasta gustarla, a que no quedara nada de ella, nada que, en unos días, cuando volviera a llamarla y ella volviera a darme largas, pudiera yo lamentarme de no haberle devorado, nada que se me agigantara obsesivamente como aquello precisamente que no debí ahorrarle o ahorrarme. Nunca deseé tanto, nunca cogí tanto y tan exhaustivamente a una mujer, nunca nadie jugó con mis nervios hasta el borde de la furia como lo hacía ella, hasta finalmente venir y entregarse a mis excesos tan pasivamente y con tanto desprendimiento como los mártires cristianos se entregaban a las fieras en el circo romano. Era feliz cuando veía salir de mi apartamento, tarde en la noche o al amanecer, a la Diosa, mina re-cogida, tambaleante, embotada por el

agotamiento sexual, tal como el Cristo sádico de Buñuel abandona el castillo de Selliny, escenario de sus hazañas orgiásticas, luego de 120 jornadas de excesos, al final de *La Edad de Oro*. Le agradezco al Dios de la Lujuria que me haya permitido conocer estos extremos, todos los extremos de que fui capaz, hasta el hastío, aunque hubiera recommenzado una y otra vez aquella agonía. Hoy mismo la recommenzaría.

Vuelvo a preguntarme qué fue lo que, después de años de comportamiento amistoso y adecuadamente distante, protocolar y correcto, hizo que de pronto entre nosotros saltara la chispa que incendió la pradera. Asumiendo el símil debo pensar que si la pradera se incendió fue porque estaba seca, pajiza, sedienta. No por parte mía, ciertamente, porque yo estaba otra vez soltero y mujeres no me faltaban, aunque debo aceptar que la soltería, precisamente, estado de disponibilidad sin compromisos, me predisponía a la tentación, por lo menos tanto como me desanimaba la *amistad* o *cercanía* que me ligaba al genio incomprendido. Quizá sí la pradera estaba pajiza por parte de ella. Su marido vivía sumido en los abismos de su genialidad y en las angustias del ninguneo de que era objeto. No hubiera sido raro que estos padeceres afectaran a su libido. ¿Vio en mí la Diosa la posibilidad de proveer a las necesidades de su sensualidad? Pero simplemente por ganas de coger no hubiera corrido el riesgo de herir a su hombre. Algo más veía seguramente en mí. Con lo que regreso a la teoría de las compensaciones. Yo no solo era el tipo sólido y seguro por oposición al delirio y al caos de su marido. Era, además, como ya lo dije, el proveedor eventual a sus necesidades materiales. Y absolutamente confiable en tanto fiel incondicional del genio incomprendido. Cuando ella se abandonó a mi deseo, cuando venía a pasar largas horas conmigo era ir a una isla de paz, lejos por un rato de su complicada existencia. A cambio de tal oasis, sencilla y mujer como era, le parecería natural y justo concederme lo que deseaba, aparentemente tan solo su cuerpo. La autenticidad de mi amistad y mi fidelidad a quien para ella era el centro del mundo, eran las piezas maestras del sistema. El resultado era una especie de adulterio natural, le parecería justo y razonable reciprocarme mis generosidades con tan poca cosa, con el placer que me daba y que ella, además, recibía de mí en la forma en que una mujer más aprecia, en tanto adoración desenfadada.

¿Por qué era para mí, luego, al recordarla, la Diosa Idiota? Empecé a llamarla así, para mis adentros, por pura rabia, para insultarla, porque todo el juego de los aplazamientos no me parecía más que pura crueldad, puro jugar al gato y al ratón. Después el presunto sentido de su idiotez comenzó a matizarse. Empezó a parecerme que lo idiota en ella era ese darse sin límite ninguno, pero también sin comprometerse conmigo en absoluto, permaneciendo obediente al goce irresistible de que la proveía, pero, más allá de mi uso y abuso de su cuerpo, permaneciendo fiel y leal al otro, al que era el Uno en su vida. Y esa contradicción insuperable me parecía idiotez en grado sublime, y me hacía sentir que no podría jamás penetrar en su misterio, y me hacía sentir esa atroz incertidumbre cuando tenía que pedirle mil veces una nueva visita, masticando sin poder tragarla la idea de que esta vez sí había sido la última, que ya del maná de su cuerpo no habría para mí nunca más, y que, Diosa e Idiota, indescifrable, me abandonaría en el desierto de este mundo, para siempre sin ella.

Pero ya basta. Recordarla, escribir sobre ella es siempre caer en una espiral infinita de deseo y de insatisfacción. Esperarla era retorcerle el cuello a mi deseo tanto como a ella se le antojara. Esforzarme interminablemente sobre su cuerpo cuando finalmente me lo concedía con la

intención de apagar el incendio de mi deseo era algo tan absurdo como extraer la piedra de la locura. Y sin embargo... el recuerdo de poseerla regresa una y otra vez, nítido, idéntico, fascinante, y sé, sin lugar a dudas, que no hubo en mi vida sexo más maravilloso que el que tuve con ella. No puedo distinguir una noche de la otra, porque todo siempre sucedía exactamente igual, como siguiendo un libreto. Vivíamos a pocas cuadras, éramos prácticamente vecinos. Llegaba al anochecer, siempre muy arregladita. Su ropa no era nueva ni cara. Muchas veces le ofrecí pagarle compras de ropa, pero se negaba aduciendo que no sabría cómo justificar ese dinero. Bebíamos vino blanco intercambiando noticias. Las de ella siempre referentes al genio. Luego se sentaba en mis rodillas y nos besábamos tiernamente, como agradeciéndonos la maravilla de estar juntos otra vez. Sus labios eran de un rosa muy pálido, delicados y muy suaves, y ella disfrutaba los besos profundos, tan largos como se los quisiera dar. Luego le desnudaba los pechos y se los mordía, sin saña pero con firmeza, como para producirle hematomas. Me enardecía que gozara las mordidas. Gemía dulcemente pero nunca se apartaba, como si estuviera indefensa, atada con cadenas. Para mí eran marcas de posesión. Viviría con él, pero llevaba en el cuerpo mis marcas. Eran como un mensaje de desafío absurdo, irresponsable que le enviaba al otro, al Uno.

-¿Pero no te ve las marcas, nunca te las vio? -le preguntaba. Y ella me respondía:

-No, porque yo duermo con una camiseta -respuesta que nunca dejaba de extrañarme. Porque ¿sería posible que el infeliz no le ofreciera a sus ojos y a sus manos la más bella de sus posesiones? Misterio.

-¿Cuánto te duran los hematomas? -le preguntaba, fingiendo calma, cuando en realidad apenas controlaba el deseo de morderle los pezones y tironear hasta arrancárselos.

-Una semana -dice entre dulces jadeos.

No, entraba en trance, nunca se apartaba, se libraba a mi ferocidad dispuesta al daño, casi dispuesta a pedirlo. De sentarse en mis rodillas la Diosa pasaba a arrodillarse entre ellas para recibir en la boca la verga que le ofrecía. La mamada de la Diosa era más bien torpe. ¿Cómo era posible que una beldad como ella no conociera el arte de chupar una pija? Otro misterio.

-Nadie se molestó en enseñarme -responde casi con humildad, pidiendo disculpas.

-Debiera de enseñarse en el liceo ¿no te parece? -insisto sabedor de que las palabras hay que sacárselas con paciencia, a menos que el tema sea su genio.

-Hubiera estado bueno -dice con una sonrisa divertida, lamiendo el tallo, bajando hasta los huevos para chuparlos, uno por uno.

-Apuesto que había compañeritos a los que les tenías ganas -insisto, pero ya no habla. Lo suyo no es hablar. Es darse sumisa y muda.

Se llena la boca de verga y un poco. Se lanza a engullirla entera, hasta que al topar contra lo profundo de la garganta las arcadas la obligan a retirarse. A todo accede, ansiosa por complacer. Es lo suyo, sumisa y muda.

-Voy a acabar -le digo-. En tu cara.

Entonces cierra los ojos y levanta la cara para recibirme. Pero no tengo intención de hacerlo. No quiero acabar y luego tener que esperar un rato para estar otra vez en erección. Temo que dé por finalizada la sesión y se vaya. Por eso las cogidas duraban horas sin fin. Por mi temor a



que desaparecida mi erección también ella desapareciera. Lo que yo quería era llegar a la excitación total, a la que se instala más allá del orgasmo, de las ganas de acabar, de soltar el polvo. Y coger eternamente, hasta perder el sentido. Hasta que ya ni tenga sentido para mí retenerla. Pocas veces lo conseguí, pero mi fantasía con ella era coger toda la noche, hasta amanecer cogiendo, sin interrupciones. La utopía del polvo sin fin.

-Voy a acabar en tu boca -le decía.

Y ella obediente abría la boca y sacaba la lengua, como una alfombra de lujo por la que mis chorros de leche ingresarían al palacio de su cuerpo.

-Ahora voy a acabar -le decía, y ella me decía:

-Sí -y abría más la boca temblando de ansiedad, como un perrito, una perrita, a la que se le muestra un hueso.

Recuerdo que una noche, fuera de mis cabales le increpé que me hiciera esperar tantos días.

-Vivo con la pija dura, no puedo ni salir a la calle, tengo que hacerme una paja primero -le decía, y entonces ella me dijo, y creo que es la vez que me dijo algo realmente íntimo acerca de cómo vivía nuestra relación.

-No puedo venir más seguido. Pero vivo pensando en esto, en estar de rodillas frente a vos, chupándote la pija.

No puedo olvidar su bello rostro afligido, como el de una niña castigada por portarse mal, diciéndome esas palabras que me explotaron en el cerebro. Así pues, me la chupaba interminablemente mientras yo bebía vino y fumaba, y cada tanto le daba de mi copa de vino fresco para sentir cómo la mamada se refrescaba. Dios la bendiga.

Lo siguiente en el libreto era coger parados frente al ventanal. Era un cuarto piso, bien iluminado, y si alguien en la calle hubiera levantado la vista, nos hubiera visto. Eso la ponía en éxtasis. La idea de estar dándose en espectáculo a un extraño, un tercero fantasmático, la excitaba superlativamente. Exhibirse estaba en su naturaleza. De muchacha había querido ser actriz, sin lograrlo, a saber por qué. Con el pantalón por las rodillas y la blusa desabrochada apoyaba las palmas de las manos en el vidrio del ventanal. Yo la cogía desde detrás, llenándome las manos con sus pechos. Le hablaba al oído.

-¿Lo ves? Ahí está otra vez mirándonos -le decía.

-No lo veo. ¿Dónde está? ¿Es el mismo? -preguntaba con la voz tomada por una especie de excitación infantil.

Si hasta entonces, durante la felación, no había alcanzado un orgasmo, en esta cogida exhibicionista la sentía estremecerse. La garganta de la Diosa apenas se expresaba durante el orgasmo, pero la piel, de golpe, se le empapaba de sudor, en todo el cuerpo. La cara, la espalda, las tetas, el vientre, los muslos. Cuando sentía que ella había cruzado su momento de voluptuosidad, le decía:

-Chupámela ahora, vamos a darle todo el espectáculo.

Entonces se arrodillaba, me tomaba por la cintura y repetía una y otra vez el numerito de clavarle la verga en la garganta tan a fondo como fuera posible.

-Ponete un poco más de costado, así, para que pueda verte bien, ya debe de estar por acabar - le decía yo, y ella obedecía. Hasta que no podía más, entonces tomaba la verga por el tallo, la meneaba, también en esto sin arte alguno, y, sin aliento, decía entre dientes:

-Sos una bestia.

El día de la cita, por la tarde, yo había pasado por Carrera y comprado todo lo necesario para agasajarla como se lo merecía. Nos tomábamos entonces un breve descanso, con sándwiches y saladitos y descorchando otra botella de blanco. Comía con apetito, con hambre, diría, y bebía con verdadera sed. Después era la hora de los espejos. La sala y el dormitorio del apartamento estaban literalmente tapizados de espejos, todas las paredes y del piso al techo. Bien la idea de un bulín de lujo. Nunca estabas solo, siempre te acompañaba tu simulacro. A mí el asunto me desagradaba. Me inquieta verme. Pero a ella, que le encantaba ser vista, le encantaba mirarse. De pie, mirándonos de reojo a través de los ineludibles espejos, nos desnudábamos. Era extraño vernos haciéndolo. Era como vernos filmados. Por momentos no podíamos dejar de mirarnos en el espejo. Como si ya no pudiéramos mirarnos directamente. Me daba la impresión de que estábamos atrapados en el espejo. Otra vez estaba empalmado. Su marido tiene poco pelo y tiene panza. Yo no. Ella empuña mi verga.

-Nos vemos bien juntos -dice, queriendo decir "desnudos". Habla mirándose a los ojos-. Somos una linda pareja -dice, con el tono ilusionado de una quinceañera.

También yo, prisionero de mi mirada, meto una mano entre sus piernas, la penetro con dos dedos, la manipulo como quien tatea una bestia que va a comprar para reproducción. Se deja hacer, la vista fija en las maniobras de mi mano. Separa más las piernas cuando mi mano se lo pide. Me le paro detrás y le tomo las tetas. Su respiración se altera. La inclino hacia adelante y la penetro. Me quedo quieto. No la cojo. Es solo una pose para el espejo que nos espía. Se desclava, se arrodilla y toma la verga en la boca, esta vez para sus propios ojos. La Diosa fue la única mujer que tuve en ese apartamento, y solo la tuve en ese apartamento, de manera que recordar nuestro erotismo viene enredado con el juego de las miradas. La mirada del genio cuando le marcaba las tetas, la del tercero fantasmático frente al ventanal, la del tercero encarnado en nosotros mismos frente al espejo, tanto en la sala como en la cama. Fue en el vértigo de las miradas que comprendí que no habría nada que me negara si se lo ofrecía a ella misma como espectáculo. Nada, no. Había un límite. Teniéndola en cuatro y bien abierta sobre la cama le toqué el ojete, rosado y delicado como una flor. Se contrajo, se cerró de inmediato.

-Eso no -dijo.

-¿Por qué? -pregunté.

-Porque él sólo me coge por ahí. No quiero que me cojas como él.

Semejante revelación me dejó atónito. La recibí y de alguna manera la bloqueé, la coloqué en algún lugar remoto de mi mente, a todos los efectos, la olvidé. Y no supe sacar todas las consecuencias que implicaba.

Llegados al dormitorio en nuestro periplo de pocos metros a la redonda, de nuestro viaje alrededor de mi morada, digamos, comenzaba la verdadera cogida, la calesita de posiciones que iban variando al azar de nuestros sucesivos agotamientos. La Diosa acababa una y otra vez, sin exhibicionismo alguno, pero empapándose con cada polvo como si estuviéramos cogiendo en una alberca.

-Sos una bestia -me decía chupándome los labios.

No era que yo estuviera aguantando el polvo. Siempre he sido así: alcanzado cierto clímax tengo una especie de orgasmo en seco después del cual puedo seguir en erección indefinidamente sin sentir la presión de la eyaculación inminente. Me instalo en la nube del goce, pierdo la conciencia excepto para reconocer con total lucidez que es en ese estado paradisíaco que quisiera vivir cada minuto de mi existencia. Ella estaba dispuesta a seguir cogiendo y a seguir acabando hasta desmayarse. Mi erección permanente era un homenaje permanente a su vulva convertida en mi altar sagrado. Así era y así ella lo vivía. Lo que le hacía la convertía a toda ella en su vulva, sensación maravillosa, impagable para ella, a quien su marido sólo cogía por el culo. Este era el camino hacia la verdad, pero yo no estaba en condiciones de recorrerlo en aquel momento. En aquel momento yo sólo podía ser esa verga mía que para mi infinito orgullo y solaz la derrumbaba en sucesivos orgasmos hasta el agotamiento. El momento culminante de aquella temporada de delirios fue cuando al final de una noche, cogiéndola con las piernas bien abiertas y clavándome con la saña de un criminal de pronto miré hacia el costado, hacia la ventana del dormitorio, y vi el resplandor de la primera mañana en el horizonte marino. Mi inmovilidad la inquietó, abrió los ojos y me miró con la mirada blanda de un moribundo.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Mirá -le dije.

Giró la cabeza sobre la almohada y miró hacia la ventana. Vio el primer resplandor. Me miró con una vaga angustia en la mirada.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó, como mareada, como drogada.

Fui cobarde y callé. No tuve fe en nosotros. Volví a cogerla, ya para acabar. Tan a fondo la cogí que por primera vez gimió como si le estuviera haciendo daño. Exploté dentro de ella un mar de lefa y me derrumbé sobre su cuerpo laxo y ya no empapado, ya en seco, ya sin una gota para sudar. Nos despertamos a mediodía. Yo hubiera recommenzado la cogida infinita. En mi mente ninguna otra actividad tenía sentido. Pero ni lo propuse al ver lo angustiada que estaba, preguntándose qué le respondería al genio si estaba despierto y la increpaba.

-¿Creés que se ponga violento? ¿Querés que te acompañe?

-No. Sería peor si aparezco con vos. Además, yo sé bien cómo calmarlo -dijo, sin intención de herir mi amor propio, tan sumida como estaba en la obscenidad de nuestro triángulo que ni se daba cuenta de lo que estaba diciendo.

## IMAGINACIÓN MÍA

Y bien, ahí están, tal y como sobreviven en mi memoria. Una muerta ya hace veinte años, lejos, en su tierra, la otra acompañando a su hombre en el trance de muerte, ocurrida hace cuatro años aquí en Montevideo. ¿Por qué, o para qué unir las en una fantasía, en un falso recuerdo común? Porque eran únicas, y porque es imposible que fueran más diferentes, y porque no fui capaz de unir a ninguna de las dos a pesar de desearlas con una intensidad fuera de toda medida. Una era para mi Deseo el alma sin cuerpo, la otra el cuerpo sin alma. ¿Podría llegar a vivir como auténtico este falso recuerdo común, superponiéndose al sentimiento profundo de pérdida que tengo de ellas por separado? Porque si no ¿para qué este constructo de la imaginación? ¿Puro regodeo? Pero mi imaginación no es mía, es, inevitablemente, la imaginación de mi deseo. ¿Podrán una y el otro negociar para lograr una especie de fantasía que nos reúna a los tres y que se parezca en algo a la autenticidad?

¿Absurdo emprendimiento? ¿Erotopía? No importa. Imaginá, imaginación mía. Que estas experiencias extremas, decisivas en mi vida, que durmieron cómodamente separadas por años en mi memoria, me acontezcan otra vez, pero *simultáneamente*, es decir, en un mismo tramo de vida. Imaginalas coexistir en el laboratorio caprichoso de mi mente. Imaginá a tu aire para que me queme yo, a la vez, con ambos fuegos. Ya estoy tan viejo que mi actividad mental es, cada vez más, delirante, y si me dejo habitar por este delirio, quizá podría llegar a padecerlo o a gozarlo como si fuera un recuerdo verdadero. Imaginá, imaginación mía, perfeccioná mi memoria, perfeccioná mi vida, hacela mejor y más rica, aunque solo sea con un falso recuerdo, que al fin y al cabo, in extremis, lo mismo da si el recuerdo que nos calienta el alma es falso o verdadero. He vivido suficiente como para saber que, in extremis, los falsos recuerdos se gozan tanto como los auténticos.

Así convocada mi imaginación despegó, sin plan de vuelo, de cualquier manera, ansiosa por complacer lo que quizá sea, al menos para con ella, mi último deseo. ¿Cómo pudiera haberse dado que se cruzaran estos cables y se anudaran estos destinos? Imaginando a lo loco, con la lengua desatada, no es tan difícil volver con algo que se parezca, al menos provisoriamente, a una respuesta. El Ser de Luz, con todo y sus peculiaridades, era un ser sociable, más que yo quizá, porque sabía respetar, sin excesos, en la justa medida, las necesidades y las reglas de la sociabilidad. Íbamos a menudo a reventones de viernes por la noche, y cada tanto organizábamos uno. De nuestro círculo formaban parte un arquitecto y su esposa, a la que desde que la vi por primera vez consideré una diosa. Era animadora incansable de las reuniones, sonreía a troche y moche, y era la primera en soltar la carcajada a la menor provocación. Siempre se ofrecía para escanciar más bebida en las copas vacías, y para acercarle los saladitos hasta al último distraído, y sus rodillas, siempre a la vista dado lo cortitas que usaba las faldas, a la vista especialmente cuando se sentaba en sillones bajos, sus rodillas, decía, deliciosas en su punto justo entre carnosas y huesudas, de pronto, sin darme cuenta, se convirtieron para mí en el vórtice de cada reunión, y me consumí una y mil veces en el deseo de sentarme en la alfombra a sus pies para besárselas y lamérselas, como uno de esos personajes buñuelianos con la libido fuera de control, lamérselas sin importarme las miradas de los demás y hasta que ya no pudiera disparar sonrisas y carcajadas, y tuviera que concentrarse por completo en mi fuego, que amenazaba invadir e incendiar su intimidad.

Por supuesto que no tardó en tomar nota de lo que me pasaba, y en algún momento en que mi mirada se volvió escandalosa de tan densa, calló, y se le borró la sonrisa de los labios, y se puso colorada, y ancló la mirada en su copa cuanto pudo, como el náufrago se aferra al madero salvador, hasta que no pudo sino mirarme a los ojos como preguntándome, entre sorprendida y asustada, qué locura fuera de tono esperaba yo que sucediera, o de qué, mirándola de esa manera, la estaba yo acusando. No supe responder a su mirada simplemente con una sonrisa. Quise que supiera que no era aquello cuestión de mero flirteo sin consecuencias, de mera galantería, que la belleza de sus rodillas me resultaba insoportable y que tendría que separarlas para ver la maravilla que, tan apretaditas, pretendían ocultar. El duelo de miradas se repitió el viernes siguiente, y el otro, pero yo, sentado a mi lado el Ser de Luz, no me atrevía a ir a por más, aun cuando su mirada me pareciera cada vez menos interrogadora y más aquiescente. El régimen de servidumbre que me ataba al Ser de Luz era también -me fui dando cuenta por mi incapacidad para dar un paso más hacia la diosa del arquitecto- un régimen de cautiverio y de abstinencia voluntaria, con el que me ganaba el derecho de residencia en el interior de su aura, esperando que me iniciara en los secretos de su magia.

La adoración que sentía por el Ser de Luz, el deseo de su secreto, de vencer su misterio y llegar a poseerlo ¿era una atadura más fuerte que cualquier otra atracción por intensa que fuese? ¿Nada podía con ella? No lo sé. Sólo sé que la idea de cometer adulterio contra el Ser me repugnaba hasta la náusea. La idea de que inevitablemente lo sabría, y que el que estaba allí para protegerla del mundo se convertiría él mismo en el mundo en la más asquerosa de sus facetas me parecía absolutamente intolerable. No, yo no le haría eso. Sólo sé que me producía pavor la posibilidad de que, con su habitual tonito de superioridad, a la vez cortés y burlón, me dijera:

-Adelante, ¿ves cómo te mira?, ve y cógetela, sácate las ganas y buen provecho.

Porque esas palabras, que eran sin duda las que proferiría, significarían para mí, sin más, el fin de toda ambición de lo sublime, para enterrarme por siempre jamás en la banalidad del mundo. Por primera vez en mi vida comprendí el significado de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso, tenerlo todo y por una pendejada, por una debilidad abyecta perderlo todo para siempre. Aprendí lo que es la verdadera angustia, lo que es perder por siempre jamás toda esperanza.

¿Qué éramos para los demás el Ser de Luz y yo en tanto pareja, de hecho en tanto marido y mujer, puesto que nos casamos? Éramos, por cierto, una pareja desapareja. Para muchos yo era demasiado guapo para una mujer *poco agraciada físicamente* como se podía calificar al Ser desde las ideologías de la belleza femenina. Sin mediar con nadie palabras que pudieran resultar groseras era posible ver, y sé que ella también lo veía, en las miradas de los demás, que encontraban en nosotros algo *raro*. Se preguntarían, quizá hasta se cuchicheaba, qué buscaría yo en una pareja que no me hacía ningún favor. Jamás podrían imaginar el valor superlativo que tenía para mí la relación con el Ser de Luz. Por lo demás lo cierto es que nadie podía decir de mí nada negativo. Despertábamos una sorda suspicacia, pero también respeto. Al fin y al cabo, a mí rollo nunca me faltó, y el Ser era, indiscutiblemente, en lo suyo, uno de los talentos de su generación. La comidilla sobre mi adulterio hubiera caído como una bomba, y todo el daño hubiera sido para el Ser de Luz.

Sucedió, sin embargo -según dicta el capricho de mi imaginación-, sin que nadie realmente lo quisiera, de la única manera que podía suceder, por casualidad, tomándonos desprevenidos,

casi por sorpresa, anestesiando así nuestra voluntad. Ese viernes el reventón era en casa del arquitecto, un caserón de piedra, con planta alta y diseñado el interior de manera algo intrincada, laberíntica para alguien distraído como yo. Ignoro por qué mi imaginación cambió al marido escritor genial e incomprendido de la Diosa por este arquitecto exitoso con físico de estibador y actitud arrogante. Eran tiempos en que la gente rica prefería, para distinguirse, la arquitectura que llamaban “de autor”, de la que este señor era un conspicuo representante, cosa que le rendía importantes dividendos. Ignoro las razones del cambio, pero tengo por costumbre al escribir no hacerme demasiadas preguntas, convocada la imaginación hay que dejarla hacer, confiando en que todo sea para bien, cosa que, en todo caso, quedará a mi criterio decidir.

Sigo. Tuve necesidad de vaciar la vejiga y, al regresar a la sala, equivoqué el camino y fui a dar a la cocina donde está la Diosa, sola, sacando una pizza del horno. Al apoyar la asadera sobre la mesada se volvió y al verme soltó un “¡Ah!” rarísimo, como de sorpresa y alarma, como de haber caído en una emboscada.

-¿Qué? -pregunté, desconcertado.

-Nada. Me asusté -dijo y sonrió, como queriendo normalizar, pero estrujando con dedos nerviosos el repasador.

Minutos antes, en la sala, mi mirada había abusado una vez más de sus rodillas. No podíamos hacernos los tontos y como si nada. Quedé mirándola, impávido, exigiéndole sin palabras que se hiciera cargo de lo que sus rodillas me provocaban. Se le fue borrando la sonrisa y le quedó cara como de culpable de seducción, pero involuntaria, y como de estar dispuesta, pese a todo, a asumir las consecuencias. A todos nos ha pasado que se nos caigan las caretas y quedemos sin voluntad alguna de huida, o por lo menos, de disimular las evidencias. La presencia a pocos metros del Ser de Luz y del poderoso arquitecto no impidió la fatalidad de aquel momento: ni yo le ocultaba mi deseo ni ella ocultaba el suyo, o lo que quiera que fuese que la empujaba a rendirse a mi deseo.

Forzarme a huir sería un acto de cobardía que no sabría perdonarme. En algún momento de mi adolescencia aprendí la fórmula según la cual el mundo es de los audaces. No he dejado de aplicarla en situaciones complejas y no he dejado de obtener resultados favorables. Eso lo sabe mi imaginación y lo puso a funcionar para sacarme adelante en aquel momento. La abstinencia a que me había reducido el monacato se rebelaba a gritos endureciéndome a ojos vista el miembro. Di ese par de pasos que nos separaban. Me miraba con los ojos muy abiertos, entreabrió sus labios rosados y pálidos como para hablar pero no dijo nada. Le tomé la mano. La palma estaba húmeda. Se la besé y sentí cómo toda ella se estremecía. Tan despacito como para que me detuviera si se sentía violentada llevé su mano a posarse sobre mi bulto. Abrió la boca como para gritar pero no gritó. Su protesta, enfática pero muda, tenía algo cómico. Sus dedos anillaron el tallo a través de la tela ligera, veraniega, de mi pantalón. Abrió aun más la boca.

-No -dijo dulcemente, como quien quiere convencer a un niño caprichoso.

Puse mi mano sobre su pecho y lo oprimí.

-No -dijo con una voz como de ya no pretender convencer a nadie.

Deslicé mi mano sobre la tela deliciosamente suave de su vestidito, cruzando de norte a sur todo su vientre hasta llegar al pubis. Recorrí el morro con apenas las yemas de los dedos hasta adivinar el comienzo del valle. Suspiró como liberada de toda responsabilidad.

-Ahora no -dijo, y después, de inmediato, como corrigiéndose-. Aquí no.

Sus dedos meneaban mi tallo y mis dedos se insinuaban en su hendidura. Estábamos al borde del descontrol.

-Esta casa es enorme. Debe de haber algún rincón en el que podamos estar solos -dije con mis labios cerca de los suyos.

Cubrió la distancia que nos separaba y puso sus labios sobre los míos. Sentí su aliento y separé mis labios para recibirlo. Nos libamos mutuamente y, como si la mezcla de salivas fuera demasiado fuerte, nos lanzamos a devorarnos. Se desprendió de mí. Salió de la cocina por la otra puerta. La seguí. Era un pasillo oscuro. Abrió una puerta y entró. Sin encender la luz, el resplandor que entraba por un ventanuco alto me mostró que era el cuarto donde guardaban los productos y artefactos de limpieza además del lavarropa. Era en realidad una grieta en el espacio y en el tiempo, una cuña en la que podíamos estar a salvo si no exagerábamos la duración del momento.

-Sólo ponémela -dijeron sus labios sobre los míos-. No tenemos tiempo para coger.

Pero... ¡qué pobre imaginación la mía! ¡Esto que estoy “inventando” sucedió en la realidad! ¿Para qué sirve una imaginación que se limita a recalentar platos, a zurcir recuerdos drenándolos de lo más vivo? Así mismo sucedió: estábamos en su casa, en una reunión de amigos, de conversación y alcohol, y el genio estaba en medio de uno de sus interminables monólogos alcohólicos. Ella se levantó y fue hacia la cocina, la seguí sin que a nadie, desde dentro de la burbuja logorreica, le llamara la atención. De la cocina a la sala no había más que una puerta de por medio, pero yo traía una idea, una jodida idea, y estaba decidido a realizarla. La atrapé por la cintura, le comí la boca, le tomé las nalgas y se las abrí.

-No, por favor -dijo, tratando de zafar de mis manos.

-No voy a cogerte, solo quiero ponértela un poquito -susurré-. Con eso me tranquilizo.

-Te lo pido por favor, cualquiera puede venir -insistía ella, su bello rostro descompuesto por el temor.

Pero no hubiera podido disuadirme, ni aunque llorara, porque la idea que se había apoderado de mi razón era cogérmela ahí mismo, a pocos pasos, atronándonos en los oídos su discurso delirante e incomprensible acerca del sentido del mundo y de todo en relación con su sacrosanta persona, considerada como el centro del mundo. Mi idea era hacerla acabarse interiorizando su goce como un goce *contra* él, contra el genio al que amaba a muerte. Así de perverso puede volverse el deseo, una y otra vez satisfecho y frustrado, calentado y congelado, hasta volverse retorcido.

-Es sólo un minutito -dije, terminante, y haciéndola girar, rápido y brutal, le desnudé las nalgas y le empujé por la nuca, obligándola a inclinarse hacia adelante.

-Por favor -pidió una vez más, pero se quedó quietita, resignada.

Me clavé y le di de punta, como para acabarme al toque, pero estaba demasiado caliente y la cogida duró lo suficiente como para que ella alcanzara el orgasmo, estremeciéndose y chorreando el perfume de su piel, pero sin soltar un suspiro.

-No me cojas más -pidió con un hilito de voz-. Se va a notar.

Eso, la idea de que al volver a la sala se notara que había echado un polvo, pudo conmigo. Me desclavé y, manejándola por el pelo, la puse de rodillas.

-Abrí la boca -dije, inútilmente, porque ya tenía los ojos cerrados y la boca abierta.

Se la puse en la boca y me solté. Tragó todo, y aún en su agonía, en el temor de que la puerta de la cocina, entreabierta, se abriera y alguien, o todos, nos vieran, se dio el lujo de chupetear el glande por si había alguna gota más. Dios la perdone, amaba, sin duda, pero su capacidad para rendirse a mí, sin límites, a la vista estaba que podía con ella y con su amor por el genio incomprendido. Soltó la verga, respiró hondo, levantó su rostro empapado de sudor y me miró a los ojos.

-Hijo de puta -susurró-. ¿Estás contento?

-Muy contento -mascullé-. ¿Y vos?

-Hijo de puta -dijo, por todo comentario, para decirme que sí, que estaba contenta, que había gozado mi estúpido descontrol.

La besé fugazmente en los labios y volví a la sala. Me hundí en un sillón paladeando el delicioso vacío del polvo arrancado entero, desde las mismas raíces. La Diosa entró un par de minutos después con un par de platos de saladitos. Claro que sí, claro que se le notaba el polvo que se había echado. Todos lo hubieran notado de no ser porque estaban cautivos de las postrimerías del discurso delirante del admirado anfitrión.

Así pues, mi imaginación me provee de un plato recalentado, imaginado solo a medias, en los detalles. Y como suele suceder, el plato en su presentación primera sabe mejor que recalentado. Es lo que yo opino. No obstante lo cual, dado que mi imaginación protesta, y pregunta si para esto se la convocó, para no dejarla presentar lo suyo en paz, me callo y me entrego. Veremos, pues, cómo seguiría su historia.

-Solo ponémela, tenemos que volver -había susurrado la Diosa, y no supe si lo decía en serio o solo para calentarme más.

-Solo te la pongo -respondí, obediente.

Pero no moví un dedo, gozando de la pura presencia de esta mujer bella como una diosa deseándome y entregándose a mi deseo.

-Dale -dijo, inclinándose hacia adelante desnudó las nalgas y apoyó los codos sobre el lavarropa.

Desnudé la verga y apoyé la dureza de la erección contra sus nalgas. Estaba ya tanto en la nube del goce que podría haber acabado sin más sobre su piel, blanca como la luna en el mínimo



resplandor que entraba por el ventanuco. Ella, estoy seguro, sabía que era la fascinación lo que me enlentecía. Su cuerpo ondulaba contra mi dureza.

-Ponela -suspiró-. Ahora.

Hizo atrás un brazo y tomándome por el tallo descapotó la cabeza.

-Ya no soportaba más que me miraras las piernas -dijo.

-Las rodillas -corregí.

-Las rodillas -repitió con voz de inminencia de goce.

Separó las piernas tanto como se lo permitió la bombacha que la ataba a medio muslo, y paseó la cabeza de la verga por su entrepierna lubricándola con su humedad. Sentí que su saber no era el de una experta, sino el del ama de casa que hace lo que sabe hacer para sacar su parte, con la seguridad que da la costumbre. Quiero decir que no había pose en ella, cero pose sexosa, solo el ejercicio de un modesto saber, como cortarle las uñas o limpiarle los oídos a su hombre. No sé si me doy a entender. Quiero decir que la Diosa del Amor se comportaba como una mujer simple e ingenua.

Terminó por apoyar la cabezota, hinchada y casi goteando, contra la puerta del placer. Mis manos separaron sus nalgas cuanto pude y deslizándome dentro conocí su Pabellón de Seda. Suspiró y culeó dulcemente contra mi vientre para acomodarse dentro todo lo que pudiera caberle.

-Divina -dije, pero ya no había tiempo para apologías. Yo, no menos que ella, tenía el polvo a punto de desborde.

La cogí, no sin rudeza, y gimió en esta versión como no gemía en la realidad, tanto que alguien detrás de la puerta la hubiera oído. Estábamos más allá de cualquier consideración de prudencia. Se sacudió como si le hubiera lanzado dentro una bola de fuego.

-Dámela -dijo, como con rabia, a su juiciosa y delicada manera.

La seguí cogiendo a lo bestia, empujando su orgasmo más y más lejos, y entonces sentí que me llevaba la correntada.

-Me voy -dije, no sin angustia, porque si hay algo que me angustia en el sexo es sentir que ya no puedo aguantarme y que me voy.

No había terminado de decir esas dos sílabas cuando la Diosa, ágil como un suspiro, estaba de rodillas tragando lefa a dos carrillos, hasta secarme los huevos.

-Qué locura -dijo, divertida, ya por fuera de la ansiedad, mientras guardaba el miembro y cerraba la cremallera del pantalón.

-No puedo creerlo -dije yo mirándola subirse la bombacha y bajarse la falda.

Abrió el camino para regresar a la cocina. Yo traté de expresarle lo que sentía con un abrazo y un beso pero zafó sin más.

-Después hablamos -dijo, como si hubiera mucho para conversar. Aquello estaba más allá de cualquier speech-. Andá -exigió.

Obedecí, volví a la sala, volví a sentarme junto al Ser de Luz. Me pareció que nadie me prestaba ni la menor atención. Al fin y al cabo había estado fuera más que el tiempo necesario para una meada, pero no más que el necesario para ir de cuerpo, y toda la compañía estaba enzarzada en una alegre discusión acerca de algo que nunca supe qué era, embotado como había quedado por efecto de aquella maravilla imprevista que me había tocado. El Ser me miró con su sonrisita muy compuesta habitual. Me dio la impresión de que estaba a punto de ponerse borrachita, cosa de la que solo yo podría darme cuenta, dado que lo disimulaba con una maña insuperable. Mejor así, pensé. Volvió la Diosa con dos platos repletos de bocaditos de pizza. No me dirigió una mirada más en toda la noche. Se había mojado las sienes para refrescarse, dado que tenía a uno y otro lado algún mechón de pelo húmedo. El arquitecto le dijo algo al oído, probablemente que esa noche estaba especialmente bella, cosa que siempre se puede decir de una mujer que se acaba de echar un buen polvo. Ella lo premió con un beso, quizá con la promesa de coger esa noche. Todo en orden. Se sentó en el sillón bajo pero apretando pudorosamente las rodillas. Tuve claro como el agua que jamás se saciaría mi sed de ella.

Sí, supongamos que así pudo haber sido. Así pudo haber sucedido la conjunción estelar del Ser de Luz y la Diosa Idiota. Pero de ninguna manera puedo aceptar esta versión, porque hace del Ser de Luz una simple cornuda. No hay conjunción alguna con ella. Ella permanece al margen mientras le adornamos alegremente la frente. No acepto esto de mí y no lo acepto para ella.

¿Que en la algarabía alcohólica de un reventón el instante fatal de mi encuentro con la Diosa pudo haber pasado desapercibido? No hay duda, pudo no haberse notado la ausencia de ambos. El Ser es sociable, pero a alguien como ella, digamos, hipersensible, las reglas del convivio sin duda le cuestan tensiones que pueden impedirle concentrarse en cualquier otra cosa. De ese estado da cuenta el hecho de que fuma el doble. Y bebe el doble. Y en cuanto al arquitecto, el otro cornudo, se ve tan seguro de sí y tan magistral en su explicación de lo que quiera que sea que está explicando, que le importa tres pitos en qué anda su mujercita. Me da la impresión de que, cuando no quiere hacer ostentación de su bella y amante esposa, la ignora como se ignora en qué anda un perrito bien entrenado.

Sí, todo pudo haber sido así en el caso de producirse esta conjunción imposible en la realidad. Solo que yo no hubiera permitido que sucediera porque, abstinencia o no, no hubiera sido capaz de hacerle eso al Ser. Hubiera sido traicionar lo más puro que hay en mí: mi anhelo de trascendencia, hipostasiado en la sublimidad del Ser. Pero tratar de imaginar cómo pudo haber sido ese momento de la chispa fatal me puso inconscientemente a remover el avispero de la memoria preguntándome cómo fue que sucedió en la realidad. Recuerdo que un día la Diosa se me quejó de que su hombre se negaba a corregir los intentos que también ella hacía en el campo de la escritura, o que lo hacía despectivamente sin evaluar objetivamente sus defectos y sus virtudes. Como cumplido caballero le ofrecí mis sinceros puntos de vista, para lo cual acordamos que me visitaría en mi apartamento. Tardé minutos, llegado el momento de recibirla, en comprender que todo el asunto de darle mis opiniones sobre sus escritos no era sino una farsa destinada a justificar que nos viéramos a solas. Una farsa por parte de ella y una farsa por parte mía al aceptar el juego. Porque lo cierto es que ambos queríamos lo mismo: estar solos, y sus consecuencias. Y si es cierto que se apareció con un cuaderno, también lo es que no llegué a leer una sola página. En cuanto al genio, que según ella sabía que ella vendría a

mi apartamento, jamás me preguntó mi dictamen, jamás, ni en broma, me preguntó qué pensaba de los escritos de su esposa, lo cual me dice a las claras que él también participaba de la farsa, que quizá ¿por qué no? él mismo la había inventado, y que nos autorizaba a lo que queríamos, aunque sin explicitar nunca su autorización. Ella lo amaba, y -lo comprendo ahora-, sin su autorización, o su invención quizá, jamás hubiera dado el paso. He aquí cómo los desenfrenos torpes y equivocados de la imaginación pueden ayudar a rescatar la verdad sepulta en los confines de la memoria, allá contra el muro del fondo del cementerio de los recuerdos.

¿Es justo pensar que el Ser pudo no haberse dado cuenta de lo que había pasado? No, no es justo. Una parte de su mente estaba siempre atenta a lo que hacía su siervo y escudero, porque como siempre supe, y esto es también recuerdo que exhumo ahora, de entre los escombros de lo imaginado, siempre supe, digo, que desde el comienzo de nuestra relación el Ser tuvo por seguro que sería incapaz de serle fiel y que la abandonaría. Porque, me gustara o no, yo era parte del mundo, y el mundo era para ella nada menos que atroz, sin atenuantes. Para estarme siempre al acecho no la movían los celos sino la desconfianza en que me tenía. Ella, como los demás, o ella debido a los demás, me veía demasiado guapo, demasiado atractivo como para ser honestamente su pareja. No creía que la amaba, al menos en la medida que su distancia me lo permitía. No entendía que estaba con ella incondicionalmente porque mi relación con ella encarnaba lo mejor de mí, mis más puras ambiciones de trascendencia. No podía saber lo que era para mí alimentarme con su aura mágica de artista verdadera. Y por consiguiente estaba siempre atenta a los indicios que pudieran significar el fin de aquella relación falsa que la atormentaba tanto como la atrocidad del mundo la había siempre atormentado. Mujer al fin, y permeada por las ideologías del matrimonio en tanto comercio de carnes, no podía comprender que, negándome ella el débito conyugal -obtenerlo había sido algo entre la violación y la necrofilia- aceptara yo sin más el voto de abstinencia para seguir a su lado. Lo disimulaba, pero a cada mujer que por la razón que fuera se me acercaba, la evaluaba en términos de disposición para concederme lo que ella me negaba. No es justo, pues, imaginación mía, proponer que aquella noche que inventaste ella no vio de inmediato lo que estaba sucediendo.

Es curioso, pero mientras yo suponía que, en tanto siervo y escudero, mi presencia en su vida, como su pareja era un bien porque la haría sentirse más segura de sí como mujer y para enfrentar al mundo, en realidad lo que mi presencia significaba era una irrupción en lo más íntimo de su vida del atroz mundo al que tanto padecía, y que, por consiguiente, no aliviaba sino que multiplicaba sus pesares y sus tensiones. Así somos los humanos, cada uno con su fanfarria y sordo a la fanfarria del otro. Así vamos, pisoteando lo que pretendemos cuidar.

Ella supo desde el mero comienzo que sucedería entre la Diosa y yo lo que imaginaste, imaginación mía, porque ella navegaba siempre mares hostiles, atenta a todas las amenazas. La sonrisita algo rígida y torcida que me habría regalado cuando regresé a su lado querría en realidad decir: al fin te decidiste a mostrar tu verdadero rostro acabando con nuestra patraña conyugal. Ciertamente que yo no supe descifrar esa sonrisa. Estaba en las nubes. Aunque hubiera sido un polvito rápido como vos lo pintás, había sido tocar el cielo con las manos, y si alguien me hubiera sugerido prudencia le hubiera dicho con todas las letras: ¡Que se chingue el universo! Y chau Pinela, como efectivamente sucedió en la realidad, razón por la cual no

estuve junto al Ser de Luz en la hora de su muerte, como sí lo estuvo la Diosa Idiota al morir el genio incomprendido.

Disculpá, imaginación que te enmiende la plana, pero por el camino que ibas te quedabas en la superficie. El resultado del cruce que proponés hubiera significado el fin de mi pasantía junto al Ser de Luz, porque hasta donde la conocí, ella hubiera sido incapaz de maniobrar para recuperar a su hombre. No se humillaría intentando seducirme para regresarme al redil. Ella, la feíta, no sabría vencer a aquella mujer llena de gracias. El atroz mundo la aplastaría. Huiría o sea que me expulsaría del Paraíso, porque todo estaba perdido de antemano, desde el mero comienzo, absurdo y equivocado, de nuestra relación.

Clausuremos, pues, este experimento de la imaginación. La imaginación, al menos la mía, tiene sus límites, superados los cuales, desbarra. Si el cruce se hubiera producido como lo propone, hubiera acabado con aquello que espiritualmente me estaba haciendo crecer y madurar en lo que a mí me importaba crecer y madurar. Caería yo de regreso en la prosaica realidad, con tan solo el consuelo de los favores de la mujer más bella que me había sido dado conocer: la Diosa.

¿Poca cosa en comparación? ¿Ganar el mundo y perder el Cielo? Ni tanto. No puedo dejar de reconocer que también con la Diosa Idiota tuve un aprendizaje que, a su manera, me enseñó secretos inaccesibles para el común de los mortales. Intuí, desollándolo sin anestesia, cuál es la verdadera naturaleza del deseo, la intuí en la tortura de la espera y del aplazamiento caprichoso, y en el paroxismo y los confines del placer, extremando al cuerpo ya exhausto sin que el misterio, finalmente, cediera en absoluto. Es mi problema si no fui capaz de ir más allá de la bravura, de la batalla sin final de los cuerpos. La locura debió llevarnos al suicidio o a la sabiduría. Ni lo uno ni lo otro advino, simplemente llegó el momento, por impotencia para trascender la lujuria, en que optamos por huir uno del otro, más avergonzados que Adán y Eva de perder para siempre la ilusión del Paraíso.

Pero aceptemos por un momento tu producto, imaginación. ¿Y si el Ser de Luz, tocada en su orgullo o en el algo de amor que me tuviera, hubiera juntado suficiente coraje como para arriesgarse a ser mujer para mí, para mí digo porque aprendí tarde y dolorosamente que era capaz de ser mujer para otros, para mí que en mi servidumbre incondicional me declaraba su hombre? ¿Por qué no imaginarla por la noche, esa misma noche del reventón, casi al amanecer quizá, subiendo al altillo en el que yo dormía, diciéndome: “Vengo a dormir contigo”? Y abriendo su salto de cama para ofrecerme sus modestos encantos de mujer, sus tetas chiquitas y sus muslos abundantes, las redondeces dulces y amigables heredadas con su sangre indígena. Para cruzar esa frontera hubiera debido no solo olvidar lo que había sabido esa noche, hubiera debido además, esencialmente, salirse del aislamiento autosuficiente, con duros esfuerzos alcanzado en lucha contra la hostilidad del mundo, hubiera debido a pesar de todo creer en mí, dejar de sospecharme un invasor, para darse, para aceptar que mi verga alojada en su vientre pudiera ser un paso más, otro, diferente, hacia la completitud. Todo eso le hubiera implicado tal esfuerzo interior que la hubiera dejado intoxicada, con los ojos enrojecidos y amarillentos, exánime. De modo que hubiera tenido que recibirla a mi lado como a una convaleciente, dejándola acurrucarse contra mi pecho para ocultar la vergüenza de venir a pedir el amor que había rechazado. En tal situación no me quedaría sino tratarla con indescriptibles consideraciones, besarla rozándole apenas los labios que tiene lastimados de tanto morderlos, chuparle la concha en demostración de inalterable pleitesía para que, poco a

poco, aprendiera a pedir más, a pedir todo, que la cogiera, cosa que haría tanto como fuera necesario hasta que le crecieran las alas del orgasmo, que creía yo, equivocadamente, aquejadas de raquitismo. No le pediría recíprocas pleitesías ni desvergüenza alguna. Nada de chupármela ni de ponerse en cuatro con el culo para arriba. El sexo entre nosotros, finalmente instalado como costumbre, sería una extensión más de mi servidumbre. Y sería mi esperanza secreta que, después de tanto trámite, sin demasiado deseo de mi parte, pero con ternura, y en la medida en que a ella le conviniera para sentirse señora bien casada, y en ese asunto no menos que nadie en el puto mundo, alcanzado ese hipotético, milagroso caso, se iría olvidando definitivamente de lo que supo aquella noche, no que lo asumiera, no, sino que convenientemente lo fuera olvidando, dejándome quizá capaz de desaparecer por lo menos una tarde por semana para refocilarme en brazos de la Diosa.

Sí. ¿Por qué no? Así corregido y aumentado tu producto, imaginación mía, funciona. El adulterio devendría liberación, para ella misma. Yo alcanzaría mi premio. Y todos contentos. El Ser habría temido perderme y habría cambiado por completo su actitud hacia mí. Por primera vez se abriría blandamente a mi cuerpo, me recibiría en la tibieza de su cuerpo y permitiría que, navegando mi quilla sus entrañas, la conduzca a las dulzuras del orgasmo. Polvo que consumaré quizá sin deseo, pero con la voluntad de comunicar amor, nudos desatados y chorro de semen sobre su vientre, porque eso sí, preñarla ni de chiste consideraría la opción, y de químicos, ni hablar. Semen sobre la piel, como un tributo, como un sacrificio de vida que yo mismo me ocuparé de secarle, de sacarle de encima, mientras de reojo espío por primera vez el orgasmo desvaneciéndose en su rostro. Se dormirá en tiempo récord. Minutos. Satisfecha. Me ha concedido el derecho de usar, con moderación, su cuerpo para proveerlo de delicados orgasmos.

Concesiones. Derechos adquiridos. Respeto de los límites. Suena bien. Somos finalmente una pareja. Puede ahora ignorar a la otra e, insisto, perderme de vista sin escándalo al menos una vez por semana. ¿Se acerca, pues, esta imaginación a lo posible? ¿Puedo ser, al menos en mi imaginación, el feliz detentador de esta esposa y esta amante, únicas cada una en su género? Posiblemente, quizá, quién sabe... No es posible ignorar que la imaginación con facilidad ignora los límites reales, con las consecuencias previsibles.

## EL ARTE COMO TERAPIA

Vuelvo a la pregunta original en busca de otra respuesta, una que me parezca menos arriesgada, menos sospechosa de optimismo sin fundamento. ¿Qué hubiera pasado si en medio de mi monacato, y no décadas después, hubiera conocido a la Diosa Idiota? Mi primera imaginación propuso que el Ser de Luz, mujer al fin, ante la perspectiva de la pérdida, reaccionaría rompiendo los diques que, a pesar de mi posición de servidumbre, impedían una consumación más humana de nuestra relación. También proponía, en la Diosa, una espontaneidad rayana en la frivolidad, lectura que me parece demasiado fácil de lo que he llamado su idiotez. La Diosa no era una caliente pijas, ni se daba sin más al macho que la requiriera. No me consta, no es lo que sé de ella conociéndola durante años. Al contrario, bien que me costó alcanzar su confianza y su aquiescencia.

Dicho lo cual se me presenta, sin solución de continuidad, una nueva imaginación, curiosamente tan vívida que me parece, más que imaginación, un recuerdo. Bajo de una siesta y me encuentro en la sala al Ser retratando de cuerpo entero y en cueros a una diosa a la que no conozco, a la que veo por primera vez. Está despatarrada en el sofá de dos cuerpos, prácticamente exhibiendo la entrepierna, delicadamente hirsuta. Me ve cuando aparezco, me mira fugazmente, pero no ensaya ningún gesto pudoroso. No tiene encima ni una pulsera, ni un anillo, ni una cadenita en el cuello. Por toda joya tiene un par de pezones de un rosado increíblemente puro, como el de sus labios. El Ser tiene en el caballete una tela grande. Curiosamente la diosa -para mí ya, instantáneamente, la Diosa- ocupa un lado de la tela, como si ella, o la artista, esperaran que alguien viniera a ocupar el lugar libre a su lado. El Ser trabaja con un cigarrillo encendido colgándole de los labios. Cada tanto el humo la obliga a guiñar un ojo. Tiene puesto lo que llama su “caparazón de artista”, una túnica dura como corteza de árbol de tantas manchas de pintura. Más de una vez, viéndola envuelta en su túnica, pienso que el Ser de Luz emerge de una nube de colores, como Venus de las olas.

-Pasá, acércate -me dice, y agrega-. Es mi esposo. ¿Te molesta su presencia?

-Claro que la molesta... -arranco yo, pero la Diosa me corta:

-No me molesta -dice entre divertida y burlona, así nomás, sin énfasis, como si fuera una actriz y estuviera acostumbrada a exhibirse en contextos de trabajo. Después, en efecto, supe que de muy joven había intentado ser actriz de teatro. Experimental.

Así pues, ahí quedé, fingiendo interés en lo que hacían: retratar, y ser retratada. La pintura estaba ya bastante avanzada. Así trabajaba el Ser, como en trance, con trazos fuertes y urgentes, inspirados, aunque el resultado en la imagen era de una delicada sutileza.

-Es muy difícil pintar tu piel -masculla el Ser, casi como un reproche-. Es de un blanco rarísimo, único.

La piel del Ser es cobriza, excepto cuando el mundo ha conseguido intoxicarla. Entonces, demacrada, se vuelve amarillenta.

-No puedo exponerla al sol, en minutos me pongo colorada -dice la Diosa.

-Sí, es eso, es blanco piel pura -dice el Ser-. Difícil de conseguir... -masculla.

Se vuelve hacia mí, me mira con un solo ojo.

-¿Te gusta? -pregunta, perfectamente ambigua, perfectamente irónica.

Atolondrado como soy, al oír su pregunta retiré mi mirada de la tela y la dirigí a la modelo, como si asumiera que era de ella que me pedía opinión. En todo caso no supe qué responder, ni por una ni por la otra.

-Por favor no seas tan comedido, porque así nos ofendemos las dos, la pintora y la modelo - dijo el Ser, reconviniéndome como a un niño travieso.

-Me parece insuperable -terminé por decir, optando por la ambigüedad, y acompañando mi opinión con una sonrisa.

Pero insuperable era poco decir. Aquel cuerpo, blanquísimo, bello como una ensoñación, creado tan solo para los ojos de algunos privilegiados -que no para el vulgo, por ejemplo, en una playa, porque de exhibirlo así el cielo, envidioso, lo achicharraría- aquel cuerpo me parecía una joya tal que nadie podría merecerla. En el retrato, aun a medias trabajado, había un esplendor que revelaba su condición de deidad, de maravilla por la cual se derramaría gustosa la sangre de los hombres. No exagero. La pintura está ahora en el Museo de Arte Moderno de Chapultepec, o, más exactamente, en un depósito del Museo, guardada y protegida desde que un exaltado intentó apuñalarla. Con un permiso especial se puede ir y comprobar que no exagero ni en la belleza de la modelo ni en la magia de la artista.

-¿De verdad te gusta? -insistió el Ser con el mismo tono malicioso, y sacándose de la boca el pucho que ya casi le quemaba los maltrechos labios.

Me pregunté una vez más si quería oír mi elogio de su tela, por torpe que fuera, o si deseaba liberarse de mí induciéndome a hacerle el elogio de otra mujer. El Ser de Luz era capaz de transformar en Pegasos sin alas a una manada de caballos noctámbulos y fantasmales perdidos en el laberinto urbano. Su magia no tenía límites. Era capaz de hacer más bella a una mujer insuperablemente hermosa. Mi mirada se encontró con la de la Diosa, que esperaba con ansiedad un poco divertida mi respuesta.

-De veras que no tengo palabras -dije, juicioso, pero mirando a la Diosa a los ojos de tal manera que estaba claro que si hablaba del cuadro no menos hablaba de su desnudez.

Maravilla de las maravillas, sentí que mis curtidas mejillas enrojecían y sus labios, del rosa de sus pezones, se estiraron en una discreta sonrisa.

-Yo quería que pareciera Eva, la Eva primigenia, se entiende -dijo el Ser encendiendo otro Raleigh-. Me pareció que la piel de mi Eva, tu piel -acotó dirigiéndose a la Diosa-, sería la que Dios habría dado a sus creaturas con su infinita capacidad para la belleza. Y que yo sería la primera artista que pudiera reproducirla, tal y cual, reflejando el anhelo divino.

Así habló el Ser de Luz y no necesito decir que por su boca habló el Espíritu. Acto seguido recommenzó la mezcla de colores.

-¿Estás cansada? -preguntó.

-No -dijo la Diosa-. Pero no me pintes muy linda, no sea cosa que de tan linda ya no se parezca a mí.

-Imposible -intervine caballeroso.

-¿Qué tal un té? -propuso el Ser.

Preparé el té. Al regresar, ágil, la mano del Ser soltaba punto de color sobre la tela, mientras ella decía:

-Pero es que tú *eres* la Eva primigenia, querida. Eso fue lo que pensé al conocerte y por eso quise pintarte.

Algo había cambiado en los minutos que no estuve: no menos despatarrada y abierta, ahora la Diosa se cubría el pubis con su mano delgada y de venas azuladas. Un gesto quizá pudoroso, excepto porque el dedo medio desaparecía entre los labios. Mi mirada quedó prendida de la suya, que se volvía cada vez más turbia, sus mejillas enrojecieron, sus labios se entreabrieron y su pecho se hinchó en una sucesión de suspiros profundos. Estaba acabando. Demasiado tiempo expuesta en su desnudez como para no necesitar aliviarse. Supongo que es algo que puede pasarle a alguien que modela desnudo. Hice como si nada.

-¿Te pongo azúcar? -le pregunté.

-No, gracias -dijo, volviendo en sí y retirando la mano del pubis.

Me acerqué con su taza en la mano, y tendió su mano para asirla, pero antes de que lo hiciera le tomé la mano e inclinándome le chupé entero el pícaro dedo medio.

-Muchas gracias -dijo, poniéndose más colorada, y tomó la taza.

Bien, querida imaginación: esta ya es otra manera de encarar el tema. Pero semejante escena necesita explicaciones. ¿Quién es esta mujer impúdica? ¿Dónde la reclutó el Ser, a quien no había visto antes pintar con modelo? La explicación podría ser esta: la Diosa es mujer, esposa si se quiere, de un colega del Ser. El tipo, cuadradote, manos de carnicero, buena pinta para enmascarado de lucha libre, las presentó, y por la razón que el Ser declaró, o por otra u otras que habrá que descubrir, o sea, que mi imaginación proveerá en el momento adecuado, al Ser le pareció que tenía que pintar de la Diosa un retrato. La Diosa aceptó encantada. Una mujer que se sabe excepcionalmente atractiva no se niega a posar, cosa que, por lo demás, sin duda ya había hecho, posiblemente no solo para su marido. Ahí están, simples, las explicaciones, suficientes como para seguir adelante. Las razones para la decisión inédita del Ser, en toda su dimensión, solo podremos saberlas a partir de la forma en que las cosas vayan sucediendo. Pero una cosa es desde ya evidente: ella no podía pretender que nada sucediera liberando toda aquella belleza para mis ojos, especialmente teniendo en cuenta la brutalidad de mi monacal abstinencia. ¿Pretendía medir, con tiránico cinismo, mi fidelidad? ¿O, por pura compasión, no pudiendo o no queriendo satisfacerme, y sin ponerlo en palabras, me invitaba a aliviarme de la tortura por una especie de acuerdo tácito que salvara nuestra pareja, revelándome así el valor que ésta tenía para ella, aun sin sexo? La evolución de los hechos imaginarios responderá a estas preguntas puntualmente y en el momento adecuado, espero.



En cuanto al impudor de la Diosa, a su comodidad para exhibir su cuerpo, se corresponde con la realidad: como dije, de muchacha la Diosa quiso ser actriz de teatro.

El Ser de Luz dejó el pincel para recibir su taza de té.

-¿Qué te parece que le está faltando a este cuadro? -me preguntó, cosa que nunca antes.

Tomó un pincel más fino, limpio, y lo mojó en pintura negra para retrabajar los pendejos.

-¿Eh? ¿Qué te parece? -insistió.

Tan modosita ella, tan formal y obsequiosa que jamás la creería uno capaz de tanta premeditación.

-Yo pondría un gato en el lugar que dejaste vacío en el sofá -respondí, súbitamente inspirado.

-Sí, un gato -coincidió la Diosa desde detrás de su taza de té. Hay mujeres que, desnudas, con una taza de té en la mano parecería como si estuvieran vestidas. Es el caso. Ella también, a su manera, es mágica, pensé-. Si quieren traigo el mío -agregó-. Es feo y malo pero es un gato, sin duda alguna. Y a mí no me araña.

-Un gato ¿eh? -masculló la artista jugando conmigo al gato y al ratón.

-¿No te gustan los gatos? -preguntó la Diosa, con un tonito divertido, como si supiera mejor que yo de qué estábamos en realidad hablando.

-Claro que me gustan los gatos -coincidió el Ser, enfrascada en la mezcla de colores-. Yo misma soy un gato -concedió.

-Una gata -la corrigió la Diosa que, en ese momento, notando lo que yo trataba de disimular, cruzó las piernas.

El Ser se volvió hacia mí, se cruzó de brazos y se sacó el pucho de la boca, toda ella paciencia e impaciencia.

-A ver -recapacité-, si te digo que ella es Eva ¿qué sería lo que le falta?

-¡Ay, no! -saltó la Diosa dejando la taza sobre la mesita-. Yo ya sé.

El Ser sonrió con esa sonrisita reprimida de cuando sabe o cree que tiene las barajas ganadoras.

-Faltan la manzana, y la serpiente -solté por fin, instalado en mi rol de pelotudo.

-Faltan, pero antes que ellos falta... -insistió el Ser.

-¿Puedo decirlo? -pidió la Diosa obligándome a preguntarme si era medio infantil y medio bobona o se hacía.

-No -dijo cortante el Ser.

Haciendo como si recién me cayera el veinte pregunté:

-¿Y quién vendría a ser el Adán?

La Diosa rio de pronto, tapándose la boca con la mano y mirándome a la altura de la cintura. Supe qué le hacía gracia. Yo mismo había notado que el desborde de lubricante había plantado una mancha inocultable en mi bermuda caqui.

-¿A vos qué te parece? -me preguntó el Ser, ignorante del detalle, desde detrás de la nube de humo de su cigarrillo. Y como yo no decía nada, se volvió hacia la Diosa:- Y a vos ¿qué te parece?

-Ni idea – dijo la Diosa riendo con una risa pícara, casi ingenua, limpia, infantil, como si el sexo para ella nunca hubiera sido pecado.

-Muy graciosos -gruñó el Ser, fingiéndose un poco amoscada, y me miró, desafiante.

Me saqué la camiseta.

-Al fin un voluntario -dijo el Ser, sorprendentemente dueña de sí en la peculiar circunstancia de desnudar a su marido para otra mujer.

La Diosa aplaudió, entusiasta, aprobando el Adán que le había sido deparado, pero cuando desabroché la bermuda y la dejé caer a mis pies y presenté la mejor erección de que soy capaz, calló, o, más exactamente:

-Ay -dijo, con lo que el Ser, entonces, giró la cabeza y me vio. Su mirada pasó de la verga, tiesa a rabiarse, a mi mirada. Pero no me dijo nada con la mirada, me miró evaluándome, casi como si fuera un extraño, un modelo contratado. La Diosa se tapó los ojos, pero entre los dedos no dejaba de apreciar mi portento.

-Siéntate al lado de ella, de costado, mirándola, el brazo sobre el respaldo, como si fueras a avanzar sobre ella -me indicó el Ser, amable y distante, y luego a ella:- Tú descruza las piernas, míralo con aquiescencia, tu mano derecha sobre tu vientre, como si se preparara para tomar lo que Adán le ofrece. Así -dijo y sin más, carbonilla en mano, comenzó a delinear mi silueta.

-Si te preguntan vas a decir que trabajaste con los modelos por separado ¿verdad? -preguntó la Diosa, como si esa fuera la última garantía que necesitaba para dejarse ir a lo que fuese.

-Por supuesto -respondió el Ser, con el tono que se usa para tranquilizar a un niño. Y después:- Los necesito muy relajados, como si acabaran de hacer el amor.

-Querida, eso es imposible -protesté, con la evidencia a la vista.

-Sí, imposible -aprobó la Diosa, volviendo a ponerse colorada.

La artista dejó el lápiz, encendió otro Raleigh y fumó, haciendo como que pensaba.

-Entiendo... sí, es evidente... -dijo.

Y después, mirando su relojito de pulsera:

-Tengo que hacer unas llamadas, los dejo veinte minutos.

-No es necesario que te vayas -la cortó la Diosa-. Es como si ensayáramos una obra de teatro ¿no?

-En cierto modo sí -dijo el Ser.

Yo hubiera preferido que se fuera. La cachondez del juego me tenía totalmente copado, pero no dejaba de sentir que aquello era demasiado arriesgado, porque no era demasiado manejable. De pronto se me ocurrió que ellas estaban de acuerdo para que el Ser se quedara.

-Por supuesto -dije-, no es necesario que te vayas.

-Esto tiene que quedar entre nosotros -advirtió, seria de pronto, la Diosa-: En el fondo a mi marido no le importa lo que yo haga, siempre que nadie vaya a contárselo.

La artista se sentó en una silla, cruzada de brazos, fumando y dispuesta a verlo todo. Me volví hacia la Diosa que me ofreció una sonrisita dulcemente cachonda. Estaba tan tranquila como si nada, como si nos conociéramos de larga data, o mejor, como si de larga data me hubiera estado deseando.

-¿Qué querés que haga? -le pregunté con voz tan baja como pude, como para excluir en alguna medida al Ser.

-Tenemos que coger ¿no? -preguntó a su vez, igual de bajito.

-Pero ¿cómo querés? ¿Por delante o por detrás?

No dudó.

-Por detrás ¿y vos?

-Está bien -dije.

¿Qué pretendes hacer con el sagrado recuerdo del Ser de Luz, puerca imaginación mía? ¿Pretendés que eran parte de su misterio y por consiguiente de su magia las heladas aguas del cálculo egoísta? Es cierto que me traicionó con mi mejor amigo de turno cuando supo de mi aventura con la colombiana, a la que debo decir que no me pude coger quizá porque estaba tan falto de práctica, pero más seguramente porque me picoteaba el cerebro la idea de estar incurriendo en traición. Pero esta escenita con la Diosa oficiando de modelo para ofrecérmela ¿pudo haberla concebido el Ser de Luz? ¿Pudo, para liberarme de la cruel abstinencia, haber roto el pacto de fidelidad implícito que tan pronto se había revelado sin objeto y sin razón de ser? Arriesgás demasiado, imaginación mía, sugerís cosas graves sin poder probar nada, sin más garantía que tu propio talento. Que la Diosa acepte con entusiasmo infantil ser vista cogiendo, en cambio, te la llevo. Mucho gusto le daba cuando la cogía frente al ventanal asegurándole al oído que, desde las sombras, estábamos siendo observados, o cuando en esa misma vitrina la ponía de rodillas a chuparme la verga asegurándole que era algo que un voyeur había pedido como plato especial.

La imaginación, abusando de los recuerdos, torturándolos ¿puede realmente hacerles confesar lo que ocultan y hasta lo que ignoran de sí? ¿Puede la imaginación exponer los misterios de la memoria? ¿Qué podría revelar este cruce imposible entre aquella de cuya fascinación sigo siendo prisionero y aquella con la cual hubiera querido morir cogiendo? Crítica de la imaginación interviniente: a) Ninguno de los hombres, maridos, que proponés para la Diosa es adecuado. En la realidad su hombre me era íntimo, era un colega escritor a quien admiraba y cuyo destino y felicidad en alguna medida me importaban. De no ser así ella no se me hubiera dado como se me daba. Me pagaba con su infidelidad la fidelidad que yo le tenía a su marido, genio incomprendido y tan ninguneado. Tus maridos son borrosos y sin peso, y en tus

versiones nada me une a ellos. b) El ardid del Ser de Luz para construirse un lugar de voyeur, es inoperante, dada la manera insensata, en términos de tiempo, como cogíamos con la Diosa: veces hubo en que empezábamos a coger al atardecer y acabábamos al amanecer. Dicho de otra manera: la manera como cogíamos la Diosa y yo excluía, desbordaba cualquier posición de voyeur. Éramos incapaces, en trance, de fingir un polvo razonable. Viéndonos, al rato el Ser se hubiera borrado, abandonando su proyecto de goce, y hasta quizá abandonando a medias la tela que estaba pintando, dejándonos con la autorización tácita para seguir, con o sin ella en lo sucesivo, hasta donde quisiéramos ir. Su proyecto de goce, tal y como vos te lo inventás, sería un fracaso, profundo, tanto que el costo sería probablemente el final de nuestro matrimonio. Sin quererlo la Diosa me habría arrancado de mi dichosa servidumbre. Perdería yo aquello que valuaba como el Bien Supremo, es decir, mi lugar junto al Ser de Luz. Ganar el Mundo y perder el Cielo que le dicen.

Esta segunda versión fracasada supera, con todo, a tu primer fracaso, imaginación: por lo menos nos pone a los tres en un mismo nivel protagónico, y acierta al apelar al arte como instancia a través de la cual acceder al Ser de Luz. Pero erra en el tipo de protagonismo que quiere concederle al Ser de Luz. ¿Debo concluir que el Ser de Luz y la Diosa Idiota son incompatibles? ¿Demasiado para mí, o más bien para vos, imaginación, que coexista la servidumbre del Ser de Luz y la posesión, así sea a medias, como fue en la realidad, de la Diosa Idiota? Si se cruzaran ¿tendría que elegir? Imposible. Si la única posibilidad es que con la Diosa todo sea oculto, clandestino de toda clandestinidad, entonces tendrías que admitir que la imaginación que te he propuesto está por encima de tus fuerzas. Lo cual replantearía con mucha más intensidad la pregunta de para qué pensar ese cruce tantos años después de que ya, por muerte de parte, tal cosa no tiene sentido. ¿Para qué dirimir un pleito no sólo inexistente, sino que, además, imposible? ¿Para nada? ¿Porque sí, nomás? ¿Para devolverles, o devolverme, alguna forma de vida? ¿Para forzarlas a exhibir sus caras ocultas, aquello que, de sí, me ocultaron? ¿Para curarme de ellas, para liberarme de sus recuerdos, tan intensos que casi son dolorosos, tan poderosos que me es imposible simplemente ponerlos al servicio de mis necesidades de placer, y que ni siquiera es posible negociar con ellos?

Muy bien. Un intento más. Vamos otra vez. Imaginación mía, vuelvo a poner las joyas más preciosas de mi memoria en tus manos.

## LA IMAGINACIÓN PERVERSA

Razonemos el asunto. ¿Cómo se efectuaría el cruce, si en mi privilegiada posición de servidumbre yo no tenía el menor margen de maniobra como para darle entrada a la Diosa? En los hechos, cuando me atreví con la colombiana la venganza fue inmediata y pronto nuestro matrimonio se acabó. Yo estaba en la jaula de oro, y la llave la tenía ella. Un affaire secreto era impensable dado lo atado que estaba, sin margen de maniobra. Y además, en tanto cosa secreta y clandestina, no implica el cruce, el híbrido, la suma de goce a que aspiro. O sea que, hechas todas las cuentas, sólo el Ser podría generar el cruce, que es lo que está bien en la segunda versión fallida. De ahí la solución extrema y perversa que me propone mi imaginación.

Abrazo al Ser de Luz. Se deja hacer. Laxa, la aprieto contra mi pecho. Cada abrazo implica indulgencia plena para toda mi torpeza, mi insensibilidad y mi ignorancia. Y generosamente renueva, sin palabras, el plazo en el que acepta mi servidumbre.

Pero, un momento... La ansiedad por ver el cruce realizado, imaginariamente, por supuesto, me ha impedido una visión completa de cómo eran las cosas en la realidad. No sólo con el Ser de Luz estaba yo en una jaula dorada de la que solo ella tenía la llave. Lo mismo, aunque de diferente manera, sucedía con la Diosa Idiota. Solo podíamos vernos en mi apartamento, no fuera a enterarse su genio tutelar de nuestro affaire. Como creo que dije, solo después de terminado todo me enteré, por él, de que siempre, o casi, estuvo al tanto. Solo en mi apartamento y solo cuando a ella se le antojara. Quiero decir: con las dos en la realidad, cada una en su momento y a su manera, estaba yo prisionero, enjaulado. Esto dice algo de mí que no sabía, o que no he querido decirme. Pero además significa que difícilmente hubiera podido encontrar en mi vida, con la intención de cruzarlas, dos instancias tan profundamente insolubles una en la otra. ¿Cómo hacer de mis dos prisiones una? Un prisionero tiene que cumplir su plazo de prisión antes de comenzar a cumplir el otro.

¿No basta con esta nueva verdad aflorada para descalificar todo mi propósito? Lógicamente, sí. Pero no, porque *solo tiene sentido aspirar a lo imposible y solo lo difícil es estimulante*.

Con el Ser de Luz la jaula dorada, o sea la abstinencia, era la consecuencia, pero también la condición de mi monacato, del privilegio de estar a su lado. Yo, el extranjero guapo y culto, era su trofeo de victoria contra el mundo atroz y hostil. Por el otro lado, también era yo el prisionero de la Diosa, sometido a un régimen de media abstinencia casi tan brutal al de abstinencia plena. Me tenía esperándola día tras día en la prisión de mi apartamento, y cuando accedía a concederme su cuerpo era con la condición de que, con ella, entonara los himnos a la genialidad suprema de su hombre, quien, con mi fidelidad incondicional, a manera de escudero también, y también rindiéndole pública pleitesía, podía, quizá, en alguna medida, enfrentar la hostilidad del mundo. ¿Cómo podía haber un encuentro, un cruce, una coincidencia en mi existencia de las dos, que fueron, cada una a su manera, por la abstinencia o por el exceso, mis carceleras? A esto me ha conducido el esfuerzo demente por poner a funcionar mi imaginación en una tarea imposible. Y me ha conducido a la pregunta final: ¿qué necesidad tenía yo de carceleras, sublimes o idiotas? Pero... querer entender la razón de mi

necedad, querer deshacer el nudo de mi necia necesidad de prisión, no es lo mismo que querer el cruce, revirtiendo ambas situaciones, mutándolas, haciendo de mi imbécil vocación de prisionero, de torturable y torturado, otra cosa. Pero ¿qué otra cosa? También eso vas a tener que revelármelo con tus paradojales artes, imaginación mía.

Otro comienzo, pues. Partiendo de cero. Desde dos años atrás conocía a mi colega, el genio incomprendido, y también a su esposa, quien siempre me pareció una verdadera belleza. Con ella en aquellos tiempos no tuve más que palabras casuales. Me preguntaba, sí, qué la ataría a aquel fulano de verborrea erudita e intrincada, que no cesaba de anunciar que él era el hijo directo del Logos, fuera lo que fuese lo que entendía por Logos, y que estaba escrito que su destino sería bichicomescos, bebiendo vino lija y durmiendo en la calle. Por aquel entonces admiraba la belleza de su esposa, que me parecía propia de una Diosa, pero no la deseaba, o no me confesaba desearla. Lo que fuera que la ataba a su hombre, la ataría hasta el final, cuando la puta prensa finalmente concurría, aunque en realidad más que para prestarle oídos, para llevarse alguna instantánea del genio incomprendido estrenándose cadáver.

Cuando conocí al Ser de Luz dejé de verlos. En poco tiempo mi situación demente de dependencia espiritual y de abstinencia sexual estaba consumada. No había en mi vida lugar para nada más, so pena de excomunión. Meses largos después me encontré con la Diosa en la calle. Parecía encantada de verme. Le pedí noticias del genio.

-No sabés cómo te extraña, está cada vez más ermitaño. Vení a vernos. Te necesita -dijo.

Era la primera vez que la veía sin estar él y, por más caparazón que tuviera puesta, sentí que algo en mí respondía a su belleza, con cálida intensidad, digamos. Invité al Ser a acompañarme en la visita que prometí, y aceptó. Fue una reunión agradable. Quedé en darle mi opinión al colega sobre un escrito que concluyera recientemente, y del que me enviaría el archivo. Las damas se mostraron amables y obsequiosas hasta la zalamería. Nuestros anfitriones nos confiaron sus planes para el verano. Se irían al Chuy.

-Me encantan las playas enormes -dijo la Diosa.

El Ser, frente a extraños, tenía una sola actitud: se calzaba su sonrisita oriental, oriental de Oriente, sonrisa a medias reprimida, protocolar, y asentía a todo, y encendía cigarrillo tras cigarrillo. En un aparte me dijo que mis amigos le caían muy bien. No le creí demasiado. Él sí pudo haberle caído bien. Es el típico artista que vive para su obra y al que no le cuesta nada prescindir de las reglas de la sociabilidad, como ella dado el caso, aunque ella, por cierto, maneja mejor la fachada. La Diosa no creo que le cayera tan bien. Con todo dijo a manera de elogio.

-Es muy linda, pero no hace ostentación de su belleza. Parece una mujer sencilla -agregó, sin duda que queriendo decir "una mujer ininteresante". Creo que el Ser captó de inmediato el lado idiota de la Diosa.

Y después de pensar el tema otro poco, dijo:

-Tú le gustas más que lo aceptable. Por eso estaba tan zalamera conmigo. Para disimular.

-No es así -protesté-. Nos conocemos desde hace mucho. Si tuviera algo conmigo ya me lo hubiera hecho notar. Simplemente somos amigos.

-Estás equivocado -insistió, y, como quien baja una baraja ganadora, agregó-: Ella te ve como una figura paterna. Y, naturalmente, desea el incesto.

Eso dijo, tan tranquilamente. Como ya expliqué, ella veía con otros ojos, veía lo que los demás no ven. ¿Qué se le dice a la propia mujer, con la cual no tenés sexo, cuando te señala a una bella mujer como disponible y aquiescente y dispuesta a que le pasen cosas contigo? Te desmarcás con total claridad o cerrás el pico con fuerza. Yo callé, porque en ese momento, y no antes por respeto a él, tomé conciencia de lo que para el Ser había sido evidente a primera vista: que, a su manera abierta e ingenua, sin énfasis si se quiere, la Diosa estaba para mí. Me confesé entonces que también yo estaba para ella. Pero también comprendí que si el Ser había captado una cosa seguramente también había captado la otra. Aunque esta segunda, se la guardó. ¿Por qué? Seguramente que para no ponerme en guardia y poder seguir observándome.

La disposición de la Diosa a cometer conmigo su incesto desató mi deseo, después de tanto tiempo de permanecer larvado abrió tremendas alas multicolores adornadas con círculos de fuego grandes como los ojos de un tigre, y ocupó todo el espacio de mi vida mental. Fue ahí y entonces, hacia el final de la visita, que, por primera vez la Diosa y yo nos miramos a los ojos asumiendo ambos lo que queríamos que sucediera. Pestañeó la Diosa como ante la visión de algo que no esperaba ver, o no todavía. La sonrisa se le borró y enmudeció. Fue un momento absolutamente entre nosotros que ni el genio incomprendido ni el Ser de Luz captaron. Pero para mi relación con la Diosa aquel instante de desnudo reconocimiento fue el final de la edad de la inocencia. Supe, y supo, después me lo dijo, que a partir de entonces solo quedaba esperar a que la oportunidad se presentara. Fingí, por supuesto que nada había sucedido, pero viví, de ahí en más, en la nebulosa del deseo, totalmente imantado por la Diosa. Y ella, imaginé, vivió desde entonces en el temblor de la inminencia del incesto tan deseado, ese puerto en el que recostarse protegida de todos los vientos.

Bien por vos, imaginación mía, te noto, ahora sí quizá, especialmente inspirada, siento que empezás a precisar, para lo que nunca sucedió, el terreno de lo posible. Así pudo haber sido. Me parece verosímil este primer encuentro, con el Ser de Luz iluminando con su resplandor zonas oscuras.

Esa misma noche el Ser me visitó en el altillo en que dormía. Se metió en la cama, y, para mi estupor, con sus manos pequeñas y hábiles extrajo de entre mi ropa de noche el miembro adormilado. Olía a cigarrillo y a tequila, y temblaba un poco, como si tuviera frío. Yo la miraba hacer, fascinado, como si un mensajero celestial hubiera recorrido la eternidad para anunciarme algo. Se inclinó sobre mi vientre y tomó el miembro con su boca pequeña y lastimada. Lo acarició con los labios, todo a lo largo, y lo fue alojando más a fondo a medida que crecía. Me parecía increíble: cuando yo ya nada esperaba el Ser de Luz descendía para mí desde las alturas. Mi ama juega a ser mi esclava. Mirándola obrar sobre mí con insólita devoción pensé que si aquello era un capricho que se concedía para evaluar el estado de mi sumisión lo que se merecía era una buena cachetada. Pero después pensé que, si aquello era la propuesta de un diálogo diferente entre nuestros cuerpos y nuestros eros, mejor sería que

me esforzara por entender la lengua en que me hablaba. Me sentía tan cohibido de verla meciendo su rostro sobre mi vientre en busca de mi placer, que no me atrevía ni a acariciar su pelo negro, lacio y suave como la seda. Cerré los ojos y me concentré en la caricia de sus labios y de su lengua, en el roce de sus dientes sobre el glande hinchado y desnudo. Flotando como un globo más allá de las nubes, ni siquiera me sorprendió la sabiduría de la felación. Era una mamada propiamente angelical. Traté de concentrarme en descifrar su lenguaje, pero de la nube de sensaciones lo que salió fue, inesperadamente, la Diosa, desnuda, ofreciéndome su belleza luminosa, y acercándose tanto, tanto que ya no pude contenerme y dejé que me llevara la correntada que manó desde lo profundo de mi cuerpo. Abrí los ojos al acabar y, para mi sorpresa y asombro, mi verga estaba iluminada por dentro, como un tubo luz de neón, y los estertores de semen, que seguían fluyendo, eran como chijetes de luz que se lanzaban a recorrer el interior del Ser ramificándose hasta iluminarlo por dentro completamente. El Ser de Luz era un animalito transparente que se alimentaba con la luz de mi vientre sin poder saciar su sed. Satisfecho con la transmigración y la transverberación lumínicas, hundí la nuca en la almohada y me apagué para no tener que explicarme semejantes cosas.

Comprendí que no en tanto mujer sino en tanto Ser de Luz finalmente me había aceptado. Así fue cómo por primera vez en mucho tiempo volvimos a dormir juntos, acurrucada contra mi flanco, la cabeza sobre mi hombro, plácidamente, habiendo finalmente dado el paso que se debía y que me debía. Sentí que ese era el verdadero comienzo de nuestro matrimonio. Realmente no lo sé, pero creo que, en el silencio de la noche, me dijo cosas sorprendentes. Quizá no dijo nada, sino que me lo comunicó en el lenguaje sin palabras de las respiraciones sincronizadas, o en el aún más sutil de los sueños compartidos. Cosas como que la había conmovido la intensidad con que la Diosa me deseaba, y que comprendía que yo no podía rechazar lo que se me ofrecía desde la pureza de alma, y que no debía yo temer que ella se ofendiera, porque lo que es bueno para mí es bueno para ella, y que, tanto como yo me alimentaba de ella, ella se alimentaría de mí en lo sucesivo, y que no debía de tener temor de ofender a mi amigo, porque mi amigo pensaba que no podría elegir mejor amante para su mujer, y así siguiendo con las revelaciones benignas, a tal punto que en lo profundo del sueño me parecía nadar sin esfuerzo en un océano de aquiescencia, y al despertar me sentía capaz de encarar cualquier cosa que hasta unas horas antes me pareciera imposible.

El Ser desayunaba cuando bajé, bañado y vestido. Leía el Excélsior. Su manera de leer el periódico consistía en recoger del mar de tonterías detalles, que siempre encontraba, y que la confirmaban en su convicción de que siempre es posible hallar belleza detrás de la fealdad atroz del mundo. Así intento yo hoy leer los diarios, aunque solo lo consigo en muy raras oportunidades. Callada, como siempre en el desayuno, porque no era de buen despertar, en nada aludió, ni con ni sin palabras, a lo vivido por la noche, pero por primera vez en mucho tiempo pude sentirme a su lado en paz, sin ansiedades. Mi imaginación decide que fue en aquella peculiar mañana que decidimos realizar la varias veces aplazada visita al Lago de Texcoco, más allá del aeropuerto. Lo hicimos, para descubrir que, a pesar de que seguía figurando en los mapas del Valle, el alguna vez enorme lago se había secado por completo hacía ya más de medio siglo. Nunca habíamos visto un llano tan grande y tan desierto. “Parece uno de esos espacios inmensos que pintaba Dalí” dictaminó el Ser. Y tomó un montón de fotos, con y sin Cesare y mi persona como referencia, para certificar la verdad de nuestro hallazgo: a saber, que el Lago de Texcoco ya no existía.

La mañana siguiente, hacia mediodía, sonó el teléfono. No había celulares por aquel entonces, tan cerca y tan lejos de nuestro hoy. Esa es la experiencia del tiempo dentro del plazo de una



vida humana: el pasado está a la vez cerca y lejos. El Ser estaba trabajando, de manera que yo atendí.

-Hola ¿qué tal? -dijo la Diosa, con voz cantarina.

-Bien ¿y vos?

-¿Qué estás haciendo? -inquirió, para mi sorpresa, como si tuviéramos que estar muy al tanto de nuestras actividades cotidianas-. Estás escuchando música -se respondió, al tomar nota de la evidencia que le llegaba con claridad a los oídos-. ¿Qué es lo que estamos escuchando?

-Armida abandonata...

-¿Por qué no venís a visitarme? -me cortó, desinteresada en mi respuesta, y como si yo ya le hubiera dicho que no iría a visitarla.

El Ser trabajaba en una gran tela. Preguntó quién había llamado. Le dije que él, y no ella. Y que me pedía que fuera a verlo.

-¿Para qué? -preguntó, distraída, alejándose un poco de la tela para evaluar lo hecho. Encendió un cigarrillo.

La tela reproducía, amplificaba y desrealizaba una foto que tomó en la Laguna de Texcoco y que tenía fijada con una tachuela en la parte superior del caballete. En la foto se me veía apoyado en el Borgward, con los brazos cruzados sobre el pecho, y con la inmensidad del espacio sin horizontes alrededor. En la tela, que no en la foto, tengo puesto un sombrero como el de Hopper en el autorretrato. Con el sol a pico mi rostro queda así en la sombra, irreconocible. De esta tela desconozco el paradero. La galería que manejaba por entonces su arte asegura nunca haberla expuesto. Misterio. Recuerdo haberle pedido que me lo regalara, y que hizo oídos sordos. Así, me negó dos veces: ocultando mi rostro en la sombra y negándome el cuadro. No voy a discutir sus decisiones respecto de su arte. Sus razones tendría.

-Le debo mi opinión sobre el ensayo que me mandó. Está ansioso porque tiene que entregárselo ya al editor.

No dijo nada, como si, enfrascada en lo suyo, no hubiera prestado atención. Al irme me miró largamente, como si fuera a decirme algo, cerrando un ojo por el humo del pucho que le colgaba de los labios. Pero no dijo nada.

Él no estaba. No me sorprendió. La Diosa estaba hermosa como nunca. Su expresión entre ligera y divertida, luminosa como nunca. ¿Cómo se puede ser tan hermosa y no ostentar con orgullo, por no decir que con arrogancia, la propia belleza? Llevaba su belleza con naturalidad, casi con humildad, diría. Se había puesto un vestidito con breteles y muy por encima de las rodillas. Sonreía, como nerviosa por haber tomado la iniciativa. Me mareó la alegría de la carne, de solo imaginar que mis manos se llenarían con su piel. Fuimos a la cocina. Se estiró para alcanzar el frasco del café en la alacena y de verle el divino hoyito de las corvas, pasé a verle lo alto de los muslos.

-No sé si te acordás -dijo-, pero el viernes es el cumpleaños de mi marido. Les diría que vinieran, pero la cosa va a estar medio chaucha. Estamos muy cortos de guita.

Yo la miraba preparar el café, babeándome, pero llegué a captar que venía de mangazo. Siempre fui mano abierta. No le atribuyo valor especial a la forma en que el dinero circula o deja de circular. Y no soy imbécil. No por darle dinero a una mujer se me ocurre que tengo algún derecho sobre su cuerpo. Saqué la tarjeta de débito y la puse sobre la mesa.

-El pin son los números primos de la sexta decena. 5359. Comprá lo que necesites y tengamos un lindo cumpleaños. Pero te va a preguntar de dónde sacaste el dinero ¿no?

-Él me dijo que hablara con vos -dijo, escondiendo un poco la mirada.

-Bien hecho. Tenía razón -dije, generoso, y le tendí las manos-. Vení.

Puso en mis manos las suyas, frágiles y ligeras como pájaros. Le besé, una y después la otra, las palmas apenas húmedas. La traje a sentarse en mis piernas.

-¿Te parece? -preguntó con una vocecita blanda, entregada.

-Más que me parece -balbuceé torpemente sintiendo que me hundía en el más dulce embotamiento-. Mucho más.

Nos miramos de muy cerca. Nunca de tan cerca.

-No entiendo -dije sin voz, con el braille tembloroso de mis labios sobre los suyos.

-¿Qué? -dijo, apoyando sus labios sobre los míos.

-Por qué tardamos tanto.

-Pero ¿lo querías? -preguntó, alejándose apenas, para verme a los ojos.

-No sabía que lo quería -dije, sin mentir.

-Yo sí sabía -dijo-. Pero me aguantaba.

-¿Por qué? -pregunté alejándome ahora yo un poco, picado en la curiosidad.

-Porque amo a mi marido -dijo sencillamente-. Así es y así va a seguir siendo.

Nos quedamos callados. ¿Aguada la fiesta? Sí pero no. No pero sí.

-¿Y ahora sí querés?

Hablar siempre está de más, pero cuando se empieza a hablar no queda sino decirlo todo. Me miró y la sonrisa divertida le volvió a los labios. Me pareció como que me veía por primera vez. Un poco como si le sorprendiera la pregunta.

-A vos qué te parece -dijo, dulcísima, como si le hablara a un niño.

-Me parece que estaríamos mejor callados -dije, pero agregué-. Yo también amo a mi mujer, y así va a seguir siendo.

Me besó. Ahora sí tomando posesión de mí. La Diosa no era una gran besadora. Besaba con ansiedad, y la ansiedad la volvía torpe. Me golpeó los labios con sus dientes. Se despegó un momento y dijo, como respondiendo a la pregunta que de puro inconsciente no le había formulado:

-No está. Los jueves tiene un taller en Maldonado. Vuelve como a las ocho.

Siguió besándome, lenta y exhaustivamente. Podría haberme desmayado. Toda su belleza era mía ahora. Increíble, pensé. Regalo del Cielo. ¿Cómo podría hacerle mal al Ser de Luz si dejaba que este río de dulzura me inundara? Pensé en el Ser, dejando que el río de mi semen la inundara. La tomé por la cintura y le devolví el beso. El mundo entero se disolvía deliciosamente y la Diosa se aflojó por completo. Sentí en todo su ser el lenguaje de la entrega. Mi imaginación insiste en que, en momentos como este, en mi mente un rinconcito permanece aparte y se dedica a filosofar. No creo que sea así, pero ella, particularmente en este caso, es la que manda. A ella le he encomendado la posibilidad del Paraíso. De manera que no puedo rebelarme a sus designios. Digamos que cuando sentí en todo el ser de la Diosa la entrega, comprendí que aquel preciso momento en el que se disuelven en la nada todas las barreras y todos los impedimentos, es el momento por y para el cual se vive. Es el momento que más profundamente ansiamos, el de la desaparición en el otro, de la pérdida de toda conciencia, de la disolución de la conciencia en el océano del goce. La Diosa me regalaba aquella maravilla en un grado inigualable.

Deslicé los breteles sobre sus hombros y el vestidito, por su propio peso, se deslizó sobre sus pechos, redondos y firmes como manzanas, hasta mostrarme los pezones, de un rosa pálido como sus labios. También ella siguió con la mirada el deslizarse de la tela sobre sus pechos. Vio mi mirada fija en sus pezones, y permaneció inmóvil, mostrándose. Su respiración se agitaba. No menos que yo, estaba siendo ganada por la excitación. Me incliné hasta rozar los pezones con los labios y luego humedecerlos con la lengua.

-Divina -dije.

-Por favor -pidió, sin decir qué pedía por favor, casi temblando.

-¿Cómo pude conocerte tanto tiempo sin adivinar esto? -pregunté, retórico. Estoy convencido que en ciertas circunstancias la tentación retórica se presenta naturalmente.

-No lo sé -confesó la Diosa, con total ingenuidad, como si yo pudiera esperar que respondiera a mi pregunta.

Esa ingenuidad, esa transparencia medio infantil en cualquier mujer es pura tontera. En la Diosa, puesto que es una Diosa, no puede ser menos que idiotez. Puso sus manos sobre las mías para que oprimiera con más fuerza sus pechos. De la garganta se le escapó una dulce protesta. Le mordí delicadamente los pezones.

-Más fuerte -pidió.

Lo hice y soltó un grito de dolor y placer. Me quemó la cabeza la voluptuosidad de su grito. Cubrí sus pechos de besos y mordidas. Gemía, a punto de acabarse. Mordí aún con más fuerza.

-Basta -balbuceaba-, mis venas son frágiles, voy a quedar llena de moretones.

Con mano inesperadamente fuerte se aferraba a la verga, como para arrancármela.

-Vení -le dije, separando mis piernas.

Se arrodilló y liberé la verga. Se la mostré, orgullosa, en todo su esplendor. Incapaz a esta altura de sutilezas, todo lo que ella quería era tenerla en la boca. Boqueaba como un pez fuera del agua. Desnudé la cabeza y de la punta manó una gota cristalina. Se la ofrecí acercándosela a los labios. La tomó con la lengua y me miró con ojos de delirio, como si le hubiera dado a beber el vino de mi alma. Incliné más la verga hacia su boca y la recibió entre los labios con la

unción total con que se recibe el don eucarístico. Para la Diosa entregarse y coger era asunto serio. Estaba en trance, fuera de sí, por no decir, fuera del mundo. Así, casi en términos de delirio místico, ha querido mi imaginación interpretar el mutismo de la Diosa cuando venía finalmente a coger a mi casa, mutismo que yo encontraba tan cercano a la idiotez. Lo menos que puede hacer por nosotros la imaginación es embellecer las cosas, lo más que puede hacer, como quizá veremos si la dejamos expresarse, es mostrarnos la verdad.

No hay violencia más sublime que la del rostro de belleza celestial alojando una verga que se esfuerza por desbordarse en lo profundo de la garganta. La cosquilla me subía por el tallo y se instalaba como un aura en torno a la cabeza hinchada. Era como una emanación que la boquita de la verga liberaba, y que intoxicaba no solo mi cerebro y mis pulmones sino la totalidad de mi ser.

-Voy a acabar -dije, recuperando el largo y meneándolo delante de sus narices.

Cerró los ojos y alzó la cara como para que aterrizara en ella. Le azoté los labios y las mejillas con la verga. Abrió la boca y sacó la lengua.

-Pero primero voy a cogerte -dije, deteniéndome.

La Diosa estaba tan tensa en la espera del baño de semen que se quedó mirándome desconcertada, con la boca abierta. Se quitó la bombacha y me mostró su vientre de alabastro. Lo besé respirando el aroma dulce y tibio de su cuerpo. Besé el vello fino y lacio del pubis, y me atravesó el alma el olor de su sexo. Sentado como estaba le indiqué que girara y se inclinara hacia adelante. Lo hizo, exponiendo sus joyas sin pudor alguno, segura como solo puede estarlo la que se sabe perfecta en su belleza. Le abrí las nalgas con ambas manos y de entre el vello emergió el mismo rosa pálido, ahora en lo profundo de la entrepierna. Era una mujer con concha de niña. Recorrí lo profundo del valle, sorbiendo su humedad. Y al final del recorrido, el ojete, un nudito de mucosa rosada, me hizo un guiño, demasiado prematuro para mi gusto.

Creo que, hipnotizado por los secretos de la Diosa, comencé a delirar. Pensé que a veces una mujer que muestra la concha sabe que lo que exhibe no es simple anatomía sino un misterio poderoso e indescifrable. Y pensé que ese era el caso de la Diosa. Hasta aquí el delirio es, con todo, razonable. Pero después pensé que, al exhibirse la Diosa, como la Esfinge, proponía un enigma. Y que me había elegido a mí para resolverlo. Interrogué con mi lengua su impudor, con tal voracidad que la Diosa tembló de pies a cabeza. Ambos esfínteres se abrieron como bostezos. El enigma, banal si los hay, me pareció que consistía sencillamente en qué camino tomar, ya que ambos, por igual, abriéndose, me invitaban a transitarlos. Dejé para otra ocasión la vía estéril y, por puro amor a la facilidad, o por nostalgia de la concha en mi cruel abstinencia, y por la alegría elemental que siempre me produjo la suave recepción del sexo femenino, la emboqué por el bostezo abierto en el centro de su vulva. En mi delirio acerté a solucionar el acertijo, pero solo tiempo después llegué a saber por qué.

Suspiramos ambos como creo que nunca lo habíamos hecho, cuando deslicé todo el largo dentro de su vagina. Tal fue el doble suspiro que creo que a ambos nos dio un poco de vergüenza. La cabeza de la verga quedó vibrando furiosa en el fondo del vestíbulo celestial.

-Ay, Dios -musitó la Diosa, un poco insegura sobre sus piernas.

-¿Qué? -pregunté, y sin separarnos, tomándola por la cintura, la hice girar para que pudiera apoyarse sobre la mesada.

-Necesitaba tanto esto -dijo entonces, acomodándose la pieza en lo profundo.

Se hizo hacia atrás el cabello.

-Qué calor -dijo.

Fue la primera vez que tomé nota de que la excitación la ponía a sudar, un sudor como agua, sin olor, que me invitaba a bañarme en él en el abrazo, y a lamérselo de todo el cuerpo. Sus palabras revoloteaban en mi mente como murciélagos enloquecidos por la luz. ¿Quería decir que necesitaba tanto tener dentro mi verga, específicamente, o que necesitaba tanto coger, a secas? ¿Significaba esto que su hombre, mi amigo, el genio incomprendido no la cogía? Semejante cosa, por supuesto, no cabía en mis entendederas, pero no podía preguntárselo sin arruinar el momento. En mis preguntas estaba acertado y equivocado a la vez, pero solo lo supe después. Le di la tanda de vergazos más entusiasta y exhaustiva de que soy capaz. Acabó gritando como si le arrancara la vida, y respondió a su vez cogiéndome mientras pudo, como si quisiera que aquel polvo no se terminara más. Después se aflojó y estuvo a punto de derrumbarse. Fuimos a la sala y nos despatarramos en el sofá, yo con la verga al aire, dura como una estaca. La tomó con sus dedos largos y elegantes y la masturbó en cámara lenta, desnudando la cabeza y forzando a la boquita a abrirse como para soltar el chorro de lefa.

-Sos una bestia ¿no? -preguntó con tonito a la vez lánguido y divertido.

-Sí. ¿Es lo que querías? -pregunté a mi vez.

Yo estaba tan caliente que, sin las manos, con sólo contraer los músculos del vientre, con solo apretar el culo, para ser preciso, hubiera podido acabar.

-Sí, es lo que quería -dijo con tonito ahora confidente y divertido.

-Montate y cogeme -dije.

Se quitó el vestido y montó sobre mi vientre. Desnuda su belleza alcanzaba la culminación. Se embocó con la punta de la verga y se apoyó encima, clavándosela. Delirante, me parecía no estar cogiendo a una mujer sino a la idea misma de la belleza. Fijó en mis ojos su mirada vacía y empezó a cogerme. Su cuerpo ingravido ondulaba como cabalgando un corcel alado hacia los resplandores del atardecer. Tomé sus tetas que colgaban bailoteando y las oprimí como para exprimir las. Su galope se aceleró. Reprimió un grito cuando le retorcí los pezones y quedó inmóvil, clavada a fondo, acabando con estremecimientos que dentro de su vagina se convertían en una manito que tironeaba de la verga una y otra vez como para ordeñarla. Sudaba a mares, petrificada en la cresta del polvo. No volvía a mí y me asusté un poco. Me puse a lamer el agua de su cuerpo, de su cara y de sus pechos. Perfume sin aroma, licor sin sabor, delicia narcótica. Exhaló lentamente y a sus ojos volvió la vida.

Ignoro cuántas horas duró aquella tarde. Hubo un momento a partir del cual ya no tuvo orgasmos. Laxa, exánime seguía yo cogiéndola, como siquiera dejar mi vida en eso.

-No me cojas más -susurró sin voz-. Va a darse cuenta de que estoy re-cogida.

Mejor no lo hubiera dicho si era lo que realmente quería, porque sus palabras, apenas suspiradas, apenas un hilito sonoro, casi una plegaria de moribunda, terminaron de quemarme

el cerebro. Sentí lo que nunca antes: ganas de cogerla hasta dejarla sin signos de vida, hasta consumir su última reserva de energía, para que el genio incomprendido entendiera lo que implica tener una Diosa como esta mal cogida. Creo que nunca sentí otra cosa cogiéndola: unas incontables, inagotables ganas de cogerla hasta matarla. Y morirme. Eso expresaba la duración demente, y el vacío de toda otra forma de comunicación en nuestros encuentros que no fuera clavársela. Me horroriza pensarlo y me libera pensarlo. Me tranquiliza entender por fin, si es que esto es entender, por qué durante los tres años que cogimos, absolutamente nada más me importaba en el mundo: porque más allá, al vivir de cara a la muerte, nada tiene sentido. Y esto sé, aunque ella lo comprendiera menos que yo, aunque nunca haya llegado a comprenderlo: para la Diosa aquello era lo mismo que para mí: coger a muerte, a morir, a matar. Y ese ingrediente, la vaga intuición, vaguísima intuición de lo que estaba en juego, era sin duda un ingrediente, un factor fundamental del delicado cálculo que hacía, estirando nuestros plazos como quien prolonga nuestras vidas, nuestro vivir, un poco más, antes de volver a cogerme, antes de volver al matadero. Perdón, perdón por lo que digo, mi idea era en realidad contarles otro cuento erótico, pero ¿qué cosa es el erotismo sino la muerte disfrazada?

Mejor no lo hubiera dicho si era realmente lo que quería. Fuera de mis cabales, acomodándola como a una marioneta tamaño natural, la arrodillé sobre el sofá, el culo bien arriba, se la metí otra vez y caí en modo máquina. Cuando me paso de punto sin acabar puedo seguir cogiendo indefinidamente. En algún momento volvió a acabar, con las mandíbulas apretadas como si con el polvo le arrancara las tripas, ya incapaz de sudar, con un gritito como de gata degollada, pero, como un boxeador groggy, sin eludir ya el castigo.

-¿Puedo acabar adentro? -pregunté viendo como mi sudor goteaba sobre su espalda.

Hizo una especie de gruñido que calculé que quería decir que sí, y exploté, lanzándole dentro, ya sin placer, chorros y chorros de lefa, como para blanquear por completo el palacio de su femineidad. Al retirar la verga, dura todavía, insobornable, de entre los labios de su sexo, enrojecidos por el trajín, brotó un arroyo de semen que bajó por sus muslos y goteó sobre el sofá.

-¡No! ¡El sofá! -exclamó arrancándose de la modorra plúmbea en que había caído, en equilibrio inestable sobre sus rodillas para no caer de flanco, asustada de las consecuencias como si hubiéramos estado cogiendo sobre el Sofá-Labios original de Dalí. Del bolsillo del vestido sacó la bombacha y se la puso. Me miró. Despatarrado en un sillón, la verga afuera, doliéndome de tan dura, como si nunca fuera a aflojarse, pero sintiendo todo el resto de mi persona tan relajado como se pueda sentirlo, gozaba de verla como nunca gocé de ver a una mujer en bombacha.

-Sos una bestia -dijo, otra vez, ya no preguntando sino convencida.

Después, con un dedo, recogió el hilo de lava blanca de sobre el blanco de su muslo y llevándoselo a la boca, lo lamió.

-Mmm... -hizo, y repitió la operación sobre el otro muslo-. Delicioso -declaró, divertida, poniendo cara de sommelier-, aroma exquisito, textura insuperable.

Podría haberle dicho que era porque salía de meses de abstinencia, pero no quise ir tan lejos. Era la primera vez que cogíamos.

-Qué locura -musitó, y se puso el vestidito, para no cansarme con su belleza.

Fue al baño y volvió con una toallita con la que limpió la tela del sofá.

-No sé cuántas horas estuvimos cogiendo, pero la verdad es que yo seguiría -dijo, mientras se empeñaba en eliminar la mancha.

-Yo también -dije, divertido, empuñando la verga-, como verás.

Giró la cabeza para apreciar el portento. Se acercó, se agachó, tomó el tallo y desnudó el glande. Lo chupó y lo lamió para higiene. Cuando puse la mano sobre su nuca, entusiasmándome, cubrió la cabeza con el capote, y empujando la verga como si fuera una palanca trancada hasta encerrarla en el pantalón, dijo:

-No tenemos más tiempo. Está por llegar -y suspirando hondo-: Tenemos que ser sensatos.

Loca palabra "sensatez" entendiéndola a su manera. Antes de abrir la puerta para irme la abracé, y su cuerpo era dulce y ligero, toda la delicia sensual a que pueda aspirarse en este mundo de mierda.

-Dame la bombacha -pedí.

Se la sacó y me la dio. Olí la mezcla de jugos y casi me desmayo.

-El señor se lleva su trofeo -dijo la Diosa, libertina, ingenua, divertida.

Imaginación y verdad. Sí, la imaginación, libre y anárquica, caprichosa, arbitraria, indiferente a las apariencias, lanzada sobre unos hechos, o sobre sus despojos, los recuerdos, puede, en el mejor de los casos, revelarnos las verdades que esos hechos o recuerdos ocultan, o, en el peor de los casos, puede permitirnos revivirlos en nuestra mente, pero mejorados, mucho más nítidos, llevados al extremo. Lo cual no es poca cosa, porque la vida, bella como es a pesar de todo, no es más que decepción y frustración. Estamos condenados a vivirla, pero tenemos el derecho de revivirla mejorada, no gracias a la memoria sino a la imaginación.

Mi imaginación pretende que solo puede pensarse el cruce descifrando el misterio del Ser de Luz, no en tanto Luz, porque las naderías de la trascendencia le son indiferentes a mi imaginación, sino en tanto mujer que quiso nuestra pareja hasta llegar al matrimonio para luego abandonarme y solo recordarme, con desesperación, según tuve que enterarme, en su lecho de muerte. Me la presenta en una versión en principio más sorprendente y misteriosa pero que excluye, para empezar, el motivo por el cual siempre supuse que me abandonó, o sea mi fallida aventura con la colombiana. La imaginación hace lo que quiere con los recuerdos, sea para cambiarlos puntualmente, o para sustituirlos por completo y con ellos a toda la realidad. Darle a la Diosa es, en mi imaginación, su forma de amarme, y solo dándome en un acto puro y libre puede ella encontrar mi Luz y alimentarse con ella convirtiéndome en su Luz. Ni más ni menos.

Al volver a casa, ya noche, encontré que no había luces encendidas. Pensé que, quizá, el Ser había salido de paseo. Pero no. Justo antes de encender la luz, me habló.

-Estoy aquí -dijo-. No enciendas la luz.

Acostumbrándose mis ojos a la oscuridad, en el resplandor de la noche que desde el ventanal inunda la sala la vi, sentada en el sofá, con el punto de luz del cigarrillo revoloteándole en derredor como una luciérnaga. Su voz sonó desnuda. No había en ella ese regusto que le es habitual, regusto a protocolos, a comunicarse mediante fórmulas y tonos paródicamente correctos y vagamente irónicos. Me hablaba, por una vez, sin sus máscaras habituales, como aceptándome por primera vez en su intimidad. La piel se me erizó, y de tan emocionado me hubiera puesto a llorar. Me acerqué unos pasos.

-Acércate, aquí, delante de mí -precisó-. ¿Cómo te fue? -preguntó y me fue evidente que sabía todo lo que había pasado, tal y como si hubiera estado allí.

No respondí. El bichito de luz se posó en sus labios y caló con fuerza, haciendo crepitar la brasa del cigarrillo.

-¿Cómo es ella? -preguntó.

Seguí sin responder. Sentía la garganta dura como si fuera de madera.

-¿Ardorosa? -preguntó, respondiendo por mí, pero sin dejo de burla, y agregó, casi con ternura-. Y un poco tonta ¿no?

Apagó el cigarrillo.

-Pero es buena -dijo, y buscó otra palabra-, es... íntegra. Su moneda es buena -dijo, e intuí lo que quería decir su frase críptica, aunque no hubiera podido explicar su significado.

Y después, inesperadamente, aunque con movimientos que me parecieron como en cámara lenta, es decir: que no me sorprendieron, bajó el cierre de mi pantalón. Era absurdo, indecente. Pero no me sorprendió. Era, sin saberlo, lo que esperaba. Estos eran términos nuevos de mi servidumbre, para que nada quedara excluido.

-Espero que haya quedado algo para mí -dijo, y sus manos, pequeñas y nerviosas, extirparon, de entre mi ropa, al animalito dormido.

Sentí alivio. Sería como ella quisiera. Si esta era la manera de consumir nuestro matrimonio, lo aceptaba, feliz de que el misterio se resolviera y de que las sombras de la imposibilidad y de la impotencia totales, se disolvieran. Apenas sus labios despellejados lo rozaron el miembro cabeceó. Le acaricié la nuca, invitándola a más. Olió el tallo todo a lo largo.

-Jabón Castalia -musitó-. Hasta no hace mucho era mi preferido.

-Mi amor, mi señora, mi luz -recité despacito.

Lamió la boquita, pidiéndole ese algo que habría quedado para ella.

-Estarás cansado -dijo-. Siéntate.

Me senté, se acomodó entre mis piernas, y lo tomó en la boca. Lo acarició cabeceando a un lado y al otro. Era hipnótico, como el ir y venir de la onda marina. Cerré los ojos y dejé que todo huyera de mi mente. El Ser, mamando, era como si buceara en una laguna de aguas cristalinas. Hasta que lo tuvo tieso. Entonces empuñó el tallo con su manito llena de arte, áspera por la pintura seca sobre la piel: había estado trabajando durante mi ausencia. Antes aún de desbordarme intuí que, paradójicamente, el algo que le había quedado, era la mejor



parte. Abrí los ojos y vi que el portento se repetía: la verga pletórica, a punto de explotar, iluminaba la escena como un tubo lux. Volvió a ponérsela en la boca y otra vez los disparos de luz, repitiéndose, espaciados pero caudalosos, iluminaron por dentro al bichito transparente. Me vino el apagón, y cuando regresé ella también dormitaba, con mi vientre como almohada. En este extraño mamar mi luz ella también alcanzaba el orgasmo. Ser de Luz, vampira de semen, vampira de Luz.

Dormimos juntos, de un tirón, toda la noche, yo abrazado a su espalda, su cuerpo abandonado a mis manos cariciosas. Nada hablamos de lo sucedido aquel día. El buen entendedor no necesita explicaciones. Después, el Ser de Luz estuvo pintando un par de días enteros, incesantemente. Amorosa conmigo como nunca antes. Yo caminaba sobre nubes. Me sentía promovido a la condición de Dios. Yo también trabajé en mis cosas, full time, sintiendo la mente volar y el cuerpo sin tensión alguna. Me dije que no podía pedir más que lo que tenía, solo le pedí al Diablo que no cambiara nada. Al final del segundo día de trabajos forzados, fuimos al café Viena, a tomar capuccinos y a comer del maravilloso strudel. El viernes a mediodía llamó la Diosa. Habló con el Ser, recordándole la reunión de cumpleaños de esa noche.

Fuimos. La Diosa había gastado bien mi dinero, tanto en bebidas como en comida, todo de primera calidad. Había una veintena de invitados, música y bullicio. Los anfitriones nos recibieron en la puerta. El genio incomprendido me abrazó con fuerza, un tanto convulsivamente, incapaz de expresar con palabras su agradecimiento a mi generosidad. En el fondo pensaba que no tenía nada que agradecer, que todo se lo merecía. Opinión que hubiera encontrado en mí al más entusiasta de los defensores. El Ser de Luz y la Diosa Idiota eran puras sonrisas y cuchicheos. La Diosa estaba con un vestidito negro ajustado al cuerpo. Exultante y excitante. Me besó en ambas mejillas pero yo la sorprendí soltándole un beso fugaz en la boca. El genio lo vio, y el Ser, también, pero sonrieron, haciendo como si nada, como si fuéramos sus chiquillos, adolescentes fogosos, inimputables. No pude evitar que el roce con el cuerpo de la Diosa me pusiera en erección. Cuando entramos en la sala las miradas de todos convergieron sobre nosotros, la pareja desapareja. La pintora genial, petisa y medio feúcha, y el extranjero alto y guapo, sin duda culto, aunque escritor aun sin obra. Las mismas miradas de los demás que antes hacían que el Ser se enconchara en sus sonrisas protocolares e irónicas, ahora, por primera vez, noté que le resbalaban y hasta la divertían. Las reconvertía, sin más, en una especie de tributo de reconocimiento público a su talento. Sentí que ahora sí empezaba a ser algo más que servidumbre y escudero, que ahora mi presencia a su lado realmente la hacía más fuerte. A todos los saludó con un gesto entre divertido y altanero, como si fueran los integrantes de su corte y de todos conociera los secretos vergonzosos. Respiré hondo. Nos dejaron espacio en el sofá justo ahí donde había derramado mi licor, cosa que ya no se notaba. Mi mirada se encontró con la de la Diosa y nos sonreímos. El Ser se acurrucó contra mí y puso su cabeza en mi hombro.

-Ahora sí -dijo, levantando su vaso de whisky para chocarlo con el mío-. Que truene el Popocatépetl -y se mandó la medida de un trago.

Imaginar es completar lo real, agregarle algo inesperado, pero congruente, que le permite alcanzar brillo y plenitud. Así este retrato imaginario del Ser de Luz, que revela los misteriosos mecanismos de su economía libidinal. El vacilante Ser de Luz de mis recuerdos cesa ante el que

aquí se manifiesta en orgullosa plenitud. ¿Y qué decir de esta Diosa nacida de mi imaginación? Aparentemente no guarda mucha diferencia con la de mis recuerdos. Pero ahora sé que en tanto representación del deseo absoluto, incesante, inmanejable, su rostro verdadero es el rostro de la Muerte. Su vacío absoluto es el vacío de la Muerte. Quizá ahora puedo ver con claridad en ese nombre insuperablemente violento que le puse de manera espontánea e irracional: la Diosa Idiota. Sería, ni hablar, demasiado adjetivar para su ingenuidad divertida, casi infantil, para la falta de profundidad de su discurrir, que pone en jaque a ojos vista al esplendor de su belleza. Sería, confesémoslo, un adjetivar demasiado grosero si fuera la consecuencia del rencor por el tiempo que se tardaba en cada nueva visita, sin contemplaciones para con mi dignidad de amante, haciéndome esperar hasta la desesperación, para entonces sí, con un timing perfecto, saber cuándo ya no podía tirar más de la piola, comparecer, venir a coger, a darse sin ningún tipo de límite, en sesiones maratónicas, como autómatas inoxidables, hasta el agotamiento, hasta el vacío total, hasta... sí, lo digo, ahora ya lo sé: hasta la muerte, o hasta su más auténtico simulacro. Por eso los días subsiguientes eran días de zombi, o de fantasma, de andar con la mente vacía, de caminar sin tocar el piso, incapaz de pensamiento y de decisión y de nada. No era por rencor, pues, que la llamaba Idiota sino porque había llegado a ver en ella, en su alegría tonta, en su belleza perfecta, su verdadero rostro, el rostro de la Muerte, y no hay nada en este puto mundo que merezca con más absoluta propiedad el adjetivo de Idiota que la Muerte.

¿Qué hacer de una y de la otra, de una con la otra, ahora finalmente reveladas en su esencia? ¿Puedo ir más lejos? ¿Qué voy a hacer con ellas ahora que son realmente mías? Vuelvo a la noche del cumpleaños. Ellos vivían en un caserón antiguo, sin reciclar, laberíntico. En algún momento, en lo profundo de la noche, con toda la compañía colocada por el alcohol o la droga, después de varias veces de decirnos cosas con la mirada, de aparecer la punta de la lengua entre los labios rosa pálido de la Diosa, me convocó sin palabras, conminándome a seguirla mientras recogía platos vacíos y se dirigía a la cocina. El Ser secreteaba con el genio, muy entretenidos. Seguí, recogiendo también yo platos, para disimular. Me esperaba con un aire entre divertido y desafiante. Me acerqué hasta rozarla. Sacó la lengua y me lamió los labios. Encajamos las bocas y nos besamos hasta la anoxia. Después me llevó de la mano por un corredor oscuro. Al final una puerta daba a un patio descubierta. La noche era gélida, como solo pueden serlo en el Valle, y las estrellas brillaban como enloquecidas, como fuera de sí. Le remangué el vestidito hasta la cintura, no sin esfuerzo, dado lo ajustado al cuerpo. Metí la mano por debajo de la bombacha y me llené la palma con su entrepierna completamente empapada. Soltó un suspiro y apoyó la frente contra mi pecho. Con los dedos en gancho invadió su vientre. La sacudí como a un muñeco. Ligera como una nube, cuán deliciosamente se dejaba hacer, meciéndose a mi voluntad como algas en la corriente.

-Ponémela -musitó.

La hice girar y le bajé la bombacha. En un último momento de lucidez pensé que si no me bajaba el pantalón le mojaría el frente. Con los pantalones en los tobillos me deslicé dentro de su cuerpo. Unos pocos días sin coger habían sido demasiado. Quedamos inmóviles, paladeando el alivio.

-Vos sos el dueño del circo -susurró, quién sabe a propósito de qué.

A partir de ahí no sé lo que pasó. Perdí, o perdimos, la noción del tiempo. Podríamos haberlo medirlo, pero en orgasmos. No lo hicimos. No al menos yo. Cogíamos sin el menor apuro, como si fuéramos los únicos náufragos en la isla desierta. Cada tanto ella jadeaba, entonces yo

aceleraba hasta que con un puntazo final ella acababa. Entonces se desclavaba, se agachaba y lamía y chupaba todo el aparato, hasta que volvía a calentarse, me daba la espalda y volvía a clavarse hasta el fondo. Alivio total de ambos otra vez y recomenzábamos, sin apuro alguno, como si no hubiera reventón de cumpleaños, ni nuestras parejas esperando que volviéramos a la sala, ni nada, más que el placer de la cópula perfecta.

Sentí que mi verga atravesaba su cuerpo frágil, hasta el mero centro, sentí que ingrávida, pura envoltura corpórea fantasmática, colgaba de mi verga, que el gancho de mi verga la retenía en la Tierra; sentí que ella era nadie, ninguna persona, no más que un simulacro creado por mi mente para que mi cuerpo supiera lo que es coger en estado de gracia, y que se disolvería en la nada apenas la verga me explotara. El sudor que manaba del calor de su cuerpo casi se congelaba sobre su piel. Tenía el pelo mojado. Acaricié su cuello, su boca, su frente, empapándome la mano. Cuando íbamos a recomenzar juntaba saliva y la soltaba sobre el glande, porque por dentro estaba tan seca como pudiera estarlo. En el breve frenesí antes de cada polvo se volvía tan ligera que me parecía que si le soltaba las caderas flotaría a la deriva hacia las estrellas, y al derrumbarse después del polvo me parecía que si se las soltaba se iría al piso como, como una sombra, como un pellejo vacío.

-Matame -dijo cuando se clavó por última vez, con una voz en la que supe que me aceptaba como su final, como su muerte.

De pronto en el rectángulo de cielo sobre nuestras cabezas el negro ya no era tan negro y las estrellas se apagaban. Algún extraño tipo de pajarraco capaz de sobrevivir en el aire contaminado del Valle lanzó un grito metálico que sonó como a última advertencia. Quedamos ambos con la jeta apuntando al cielo, como esperando que apareciera el animal monstruoso.

-No puedo más. Tenemos que ir -dijo, súbitamente apurada, desclavándose y girando para besarme en la boca. Su sudor tenía el mismo sabor que su saliva.

Tomó la verga por el tallo y empezó a menearla.

-No -dije yo, que no quería bajarme de aquella cogida cimera.

-Sí -insistió ella sin ceder en el meneo-. Tenemos que volver.

No sabía hacerlo. Era torpe. Pero en su torpeza estaba el encanto. Empecé a ceder, dejé que la cosquilla se expandiera y luego se concentrara.

-Vos sos el dueño del circo -volvió a decirme, muy convencida, y aunque seguí sin saber a qué se refería, sentí que sus palabras, dulcemente vertidas, con los labios rozándome el oído, me abrían las compuertas.

Ella lo sintió porque preguntó:

-¿Te venís?

-Sí -dije, ya desde el vértigo.

Entonces giró, rápida como una serpiente, y con la misma mano que me pajeaba la embocó, clavándose con un culeo rápido justo en el momento en que el Diablo me llevaba. Cogió toda mi acabada, y aunque ya no pudiera, pudo una vez más.

La Diosa se detuvo en el baño para ponerse mínimamente presentable, mientras yo regresaba a la sala. El Ser de Luz y el genio incomprensido nos esperaban con no poca ansiedad en sus miradas. Habíamos estado fuera de la fiesta toda la noche. Yo sentía las piernas como puede sentir las un boxeador concienzudamente vapuleado y supongo que tendría la mirada de un pez recién sacado de las profundidades abisales. Me senté junto al Ser. Me miraba con una sonrisa tierna y juguetona. Algo amoscado, como mal despertado de una siesta insuficiente, y sin saber si sentirme culpable, pregunté:

-¿Qué?

-Nada -dijo acentuando la sonrisa, como una madre orgullosa de las calaveradas de su pequeño.

La Diosa, con el pelo notoriamente húmedo, y esforzándose por disimular que no le quedaba alma en el cuerpo, se zambulló en el sofá, acurrucándose contra su marido que la recibió rodeándole los hombros con un brazo y plantándole un beso sonoro en la frente. Era como si nuestros mayores nos hubieran mandado a coger con la ilusión de que les incrementáramos la descendencia.

-Hora de regresar. Está amaneciendo -dijo el Ser y puso su manito sobre las mías.

-Solo dame otro whisky -le pedí.

Me lo sirvió triple y me lo zampé de un trago. Para cuando llegamos a casa el primer rayo de sol brillaba en las ventanas. Enfilé hacia el altílo, pero el Ser me detuvo.

-Ven conmigo -pidió dulcemente.

Me desnudó, con sus propias manitos, cosa que nunca antes. Era el fin de mi inxilio, mi regreso a nuestro lecho conyugal. Me pareció enorme y fresquísimo. Se tendió desnuda a mi lado y me abrazó. Me dormí instantáneamente, no fuera a pedirme lo que la Diosa hubiera dejado para ella. Pero la oí susurrarme una especie de letanía amorosa, y después sentí cómo el bichito rebuscaba con el hocico entre los restos del banquete, de manera que, calculo, conmigo o sin mí, consiguió su parte, espero que con el fogonazo de que se alimenta. Dios la bendiga, sommelier de luz orgásmica.

Efecto secundario y fugaz de la memoria acicateada por la imaginación. De pronto veo, con aquellos ojos de acabar de despertarme, desde la cama fragante de su piel, la ventana en el dormitorio, con su mesa de dibujo, su restirador, delante. La veo tan nítida y tan intensamente que me parece haber regresado al pasado, o como si para aquel pasado aun no hubiera habido futuro. Deseo que todos los años vividos después de aquel despertar no hayan sido más que un mal sueño, uno de esos malos sueños interminables que suelo tener, y que todo esté otra vez para vivirlo, por delante.

Unos días después, regresando del club, me las encontré en la mesa de la cocina, tomando té.

-Hola ¿qué complotan? -saludé, como si nada y acercándome para saludarlas con un beso en la mejilla.

¿Debo decir que la mera presencia de la Diosa, su cercanía al plantarle el beso inocuo, me pusieron a temblar de deseo?

-Cosas de mujeres -respondió el Ser, con ese tonito formal que no admite discusiones.

Cuando bajé del altillo, ya anocheciendo, no estaban. Las tazas que utilizaron, enjuagadas, goteaban boca abajo en el secador. Me puse a cocinar la cena. El Ser no tardó en regresar.

-¿En qué andaban? -insistí.

-Armando el rompecabezas -respondió, encendiendo un Raleigh y sentándose para mirarme hacer.

-¿Qué rompecabezas? -quise saber, algo inquieto, naturalmente.

-No te pongas nervioso. Estamos trabajando para usted -dijo entre divertida y misteriosa.

-¿Y cuándo voy a saber de qué se trata?

-En cuanto me des pruebas irrefutables de tu afecto incondicional -dijo, como si le faltaran.

Se las di, y pude comprobar, observándola, ahora sí, fríamente, que en cuanto recibía la descarga de mi Luz en su boca cerraba los ojos y se estremecía como si ondas sucesivas la recorrieran, única señal de que al alcanzar yo mi placer también ella alcanzaba el suyo.

El Ser se instala detrás del caballete, se pone la túnica-armadura, o túnica-caparazón, según el humor del día, toma el pincel, y se queda equis tiempo, muy variable, mirando la tela, absorta, como esperando que la tela le hable y le diga qué color, y dónde debe aplicarlo. En la tela una niña nos da la espalda, lleva un vestido amarillo ajustado a la cintura con una moña, su pelo es negro y le llega casi a los hombros. El eje del cuerpo de la niña está un poco inclinado hacia la derecha del cuadro. Frente a la niña todo es azul celeste, pero aquí y allá borreguitos de espuma blanca marcan que se trata de una corriente de agua que fluye desde la derecha hacia la izquierda del cuadro. El cuerpo apenas inclinado, parece resistir el movimiento del agua. La sensación es de equilibrio inestable, pero, aun así, plácido. La corriente de agua parece querer arrastrar a la niña, pero todo lo que consigue es refrescarla con su brisa.

-Es una niña mirando el Lago de Texcoco -dice el Ser.

Adivino que la niña es ella. A mí me pintó en medio del lago seco, a sí misma se pinta en un pasado indefinible en el que el agua llenaba la llanura.

-¿Te gusta? -pregunta, sin mirarme.

-Es muy bella, delicada, es... arte -balbuceo.

-Sí, pero lo que yo te pregunto es si te gusta -pregunta con un tonito humilde, como dispuesta a tolerar cualquier opinión.

-Mucho -digo.

Entonces se vuelve hacia mí con una gran sonrisa en su pequeña boca. Me pregunto dónde estará ahora esta pintura. ¿En manos de alguien que la aprecia, o en las de alguien que la ignora y la deja deteriorarse, o arrumbada en el depósito de algún museo? El Ser deja el pincel. Recoge un frasquito de vidrio del que saca estrellitas plateadas, como las que las maestras utilizan para premiar a los alumnos que se esfuerzan. Las va poniendo en el pelo de la niña, como si fueran pequeñas mariposas o quizá luciérnagas.

-¿Entonces? -pregunto, retomando el tema-. ¿Me vas a contar?

Aprecia el efecto de las estrellitas, cerrando un ojo -pirata o cíclope- por el humo del cigarrillo.

-Ella dice que está enamorada -suelta finalmente.

Vuelve a dar un paso atrás para apreciar lo hecho.

-Que gracias a ti se siente mujer -dice, e insiste, diciendo-: Que vos le devolviste su condición de mujer.

Por supuesto que me pregunté si me estaría diciendo la verdad, o si bromeaba. ¿Haciendo qué le habría devuelto su condición de mujer? ¿Y a qué se refería con su “condición de mujer”? El Ser sacudió el cigarrillo con el meñique para hacer caer la ceniza.

-¿Te das por vencido? -preguntó como si estuviéramos jugando a los enigmas.

-Sí -dije, fingiendo indiferencia.

-Verás -dijo limpiando el pincel. Luego lo cargó de amarillo para subrayar los reflejos del sol en el agua de la laguna. Me tuvo colgando de su pincel un buen rato, hasta que dijo-: Tu colega la toma solo como a un muchacho.

Quedé estupefacto, no menos que si la niña del cuadro hubiera girado para mirarnos. El Ser tomó un trapo y suavizó el efecto del último retoque. Me pregunté cómo podría alguien confundir a la Diosa con un muchacho. Con el pucho el Ser encendió otro cigarrillo. Imaginé a la Diosa disfrazada de muchacho.

-Comprenderás que no se trata de hacerla disfrazarse de muchacho -dijo, adivinándome el pensamiento.

No, por supuesto. Aquello significaba que solo se la cogía por el culo. Recordé entonces su entrepierna toda expuesta, y cómo el ojete me había hecho un guiño. Y cómo yo, pudiendo elegir, elegí el camino correcto... correcto, ahora lo supe, para sus necesidades.

-Mientras que tú, que eres un caballero, solo la tomaste como mujer -dijo-: Para decirlo con sus palabras: tú hiciste de su femineidad un altar, como nunca nadie lo había hecho.

Se volvió para apreciar mi reacción. Ceñudo, yo no salía de mi asombro. Porque a la naturaleza asombrosa de las revelaciones se sumaba el hecho, no menos asombroso, de que hubiera venido a decírselo a ella.

-Pero ¿por qué vino a decírtelo? -pregunté, al borde de la irritación.

El Ser, inmutable prosiguió con su trabajo.

-Por su marido supo que yo acepto... -buscó las palabras, pincelada tras pincelada- ...lo de ustedes. Y como no se animaba a decirte las cosas como son, echó mano a mi solidaridad de mujer.

-Perdoname pero no creo nada de lo que me estás diciendo -exploté.

-No es menos verdad porque tú no lo creas -me hizo notar, sin perturbarse, perfectamente razonable.

En el otro extremo de la sala teníamos el bargueño para las bebidas. Me serví medio vaso de whisky.

-Uno para mí también -pidió el Ser de Luz.

Levantamos los vasos en mudo brindis y bebimos. Suspiré hondo. Me pregunté cómo saldríamos de aquello.

-¿Entonces? -pregunté.

-Nada -dijo, encogiéndose de hombros y retomando el trabajo. Y después-: No tienes que pensar que es una mujer ultrajada.

Su manera parsimoniosa de entregar la información, grajea por grajea, me quemaba.

-Ella ama a su marido -explicó-, y, según dice, por ninguna razón en el mundo lo dejaría.

-Bien, entonces está claro. Vino a decirte que yo salgo sobrando -dije, ya fuera de mis casillas.

-Venir a devolverme mi marido es algo, querido, que ni a ella se le ocurre ni yo se lo hubiera permitido -dijo, y cambiando de tema-: ¿Te parece que tendría que poner algunos peces, asomando el hocico, como hacen las carpas japonesas?

Comprendí al oírla que, efectivamente, algo faltaba en la pintura.

-Quedarían bien ¿verdad? -insistió.

Rara vez me había invitado a opinar sobre una pintura a medio hacer.

-Quedarían muy bien -dije.

La biblioteca de libros de imágenes la tenemos también en la sala. El Ser estuvo buscando un rato hasta que encontró lo que buscaba en un tomo de mil páginas sobre jardines japoneses.

-Aquí -dijo y puso un marcador de página-. Y aquí, y aquí -continuó señalizando.

Acomodó el tomo a un lado del caballete y tomando una carbonilla empezó a esbozar una carpa con el hocico fuera del agua, mirando a la niña, con la boca bien abierta.

-Por lo menos ahora sabemos qué está haciendo la niña a orillas del lago -comentó.

Yo no podía sacarme de la mente a la Diosa siendo ferozmente ultrajada por el genio incomprendido. ¿Gozaría? ¿Se aporrearía el clítoris mientras su marido la profanaba? Me mordí los labios. Me los curé con otro trago de whisky.

-¿Eso era todo lo que tenías para decirme? -pregunté con ganas de irme a mi rincón a lamerme las heridas.

-Eso no fue más que el prólogo -dijo sin apuro ninguno, preparando un rojo casi ocre para pintar la carpa. Suspiró e insistió-. Comoquiera que sea, ella jamás lo dejaría. Según ella -creerlo o reventar-, están unidos por un pacto estelar desde antes de que nacieran.

La cara de la carpa se convirtió rápidamente en el punto más vivo de la imagen. A la vez, por el peso de su presencia, cesó la tensión en equilibrio entre la corriente hacia la izquierda y la resistencia de la niña vestida de amarillo. Me pregunté si esos efectos eran satisfactorios para el Ser, o si la carpa desaparecería.

-De hecho -continuó-, en algún momento intentaron separarse y no pudieron. Al parecer la cosa es de por vida -dijo y se alejó para apreciar el conjunto de la tela. Suspiró hondo.

Hubiera querido aprovechar para decirle que estaban unidos de por vida igual que nosotros. Pero me consta que ese tipo de proyecciones en el infinito no le hacen mucha gracia. ¿De por vida? Al menos mientras mi Luz te sirva para alimentarte.

-¿Te gusta? -preguntó señalando la tela.

Intuí que no quería rollo. Quería sí o no. Me concentré en saber si me gustaba.

-No -dije.

Ella asintió moviendo la cabeza.

-A mí tampoco.

Con el trapo comenzó a borrar la carpa. Suspiró, meneando la cabeza, descontenta.

-Y sin embargo, falta algo -dijo.

Se masajeó las cervicales. Estaba contracturada por las horas de trabajo. Se desperezó. Se desparramó en un sillón y bebió.

-De manera que tiene un conflicto -continuó-, que la angustia tanto como para perturbarle el sueño, y como para decidirla a acudir a mí para que se lo solucione -y el tono de su voz implicaba que mejor sería que yo no intentara ningún comentario.

Cerró los ojos y se quedó tan quieta que pensé que se había dormido. De pronto, como impelida por una idea, regresó a la tela. Terminó de borrar y se puso a restaurar la onda acuática. Lo hizo muy rápido. Se alejó de la tela.

-¿Y ahora? -preguntó, un tantín ansiosa.

Miré la tela. La carpa ya no estaba, ni la menor traza había quedado de ella, y sin embargo estaba, de una manera fantasmática.

-Uau -dije, desconcertado.

-¿Qué ves? -preguntó mirándome con una sonrisa ancha.

-Que está... y no está -dije.

-Exacto -dijo, muy oronda.

-¿Vos también la ves? -pregunté, asombrado.

-Por supuesto -dijo sabihonda.

-¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo vemos ambos algo que no está?

-Está -afirmó-, de lo contrario no la verías. Pero está... sin estar -concluyó, paradójica.

Me acerqué a la tela. Por un instante me pareció que había en el azul celeste un circulito, como si la carpa acabara de sumergirse. Me alejé un par de pasos para ver el conjunto. Ahora sí, el cuadro estaba terminado. Perfecto. La tensión estaba restituida y la imagen misteriosamente completada se cerraba sobre sí misma. El Ser de Luz retiró la tela del caballete y la apoyó en el piso, contra la pared. Se sacó la túnica-caparazón, y se sentó en el



sofá a mi lado. La veo a mi lado, sonriente, me pregunto si mágica como era habría adivinado que tantos años después estaría yo reviviéndola en mi mente y preguntándome a dónde habrá ido a parar aquella hermosa tela.

-El conflicto es este: ama a su marido de por vida, pero no puede renunciar a ti, porque gracias a ti renació como mujer -retomó, como decidida a terminar con el tema-. A él el asunto no le importa nada. ¿Cómo lo sé? Porque me lo dijo. En sus palabras, para él es como si ella tomara contigo clases de ukelele. Ella, por su parte, teme que le pidas más que lo que puede darte, porque no quiere perderte. En otras palabras: teme quedar desgarrada entre su marido y su amor de mujer -hizo un silencio y meneó la cabeza, como incrédula-. ¿Te imaginas? -preguntó.

Asentí lentamente con la cabeza.

-Solo espera de ti que no le pidas, que no le exijas, que no la acoses con tu deseo, que aceptes lo que ella te dé cuando ella te lo dé -dijo con voz de pronto cansada. Le pesaban las horas que había estado trabajando.

En un instante de lucidez comprendí que el pedido de la Diosa, de que le solucionara su conflicto interior, también le pesaba aunque lo disimulara. Le pesaba porque temía que por su mala gestión, o por un malentendido respecto de sus verdaderos intereses, yo perdiera el bien que me significaba la belleza de la Diosa. Solo el Ser de Luz era capaz de asumir y sufrir una situación semejante.

-¿Y vos qué le dijiste?

Suspiró, me miró con su mirada un tanto amarillenta de tanto fumar. Le sostuve la mirada tan limpia y honestamente como pude. Entonces se miró los dedos, manchados de nicotina y de pintura acrílica azul y blanca.

-Le dije que no debía preocuparse por que le pidieras un imposible... -volvió a mirarme a los ojos, sus labios, secos y despellejados estaban recorridos por pequeños tics- ...porque tú y yo también estamos unidos de por vida.

Pasó lo que no esperaba que pasara. Sentí que las lágrimas afluían a mis ojos y rodaban por mis mejillas. Viendo mi llanto también sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces nos abrazamos como nunca nos habíamos abrazado. Como para siempre. Para siempre en el país maravilloso y solo mío de mi imaginación. La imaginación es una forma de magia débil, pero capaz de corregir todo lo hecho mal en la vida. Todo está en que de ahí en más seamos capaces de atenernos a las verdades que ella nos revela.

-Y no hablemos más de esto -dijo secándose y secándose las lágrimas-, de aquí en más es tu problema. Me doy una ducha y nos vamos al café Viena.

Y así fue, no volvimos a hablar de mis amores con la Diosa. La exigencia de la Diosa de ponerla como mediadora había sido justa y sabia. Me evitó y le evitó tiranteces y angustias. Cada vez que pudo y se le antojó me llamó a su lado, siempre en jueves, para fijar una rutina y no molestar a los demás. Y me daba todo lo que un amante puede exigir, hasta quedar en carne viva. Todo excepto una cosa, que yo, por supuesto, me cuidé mucho de pedirle. Y así siguió siendo, por los siglos de los siglos. Según el Ser los cuatro formamos una especie de meta-constelación, de meta-galaxia equívoca y perversa, pero sin duda que muy estable.

-En la que vos sos Sirio -le digo, ungiéndola.

Este es el camino, el del recuerdo imaginado que siento tan intenso como si fuera un verdadero recuerdo. Estaba escrito que a ella, al Ser de Luz, sería a quien habría de deberle estos falsos recuerdos que aquí despuntan, tan simétricamente opuestos a la realidad, pero tan inoxidables como ella. Falsos recuerdos, imaginaciones, invenciones supremas que en estos días de la vejez vendrán a igualar en intensidad y calor al recuerdo de mi Sagrada Servidumbre o al de mi pasión por la Diosa, recuerdos unos y los otros, los verdaderos y los falsos, igualmente misteriosos e insondables. Volví a sentirme cerca del misterio de la Luz, y del misterio de la Pasión que puede engendrar la envoltura corporal humana.

Te habrá enseñado quizá esta lectura, querido presunto lector, que los viejos no estamos encadenados a nuestros recuerdos e indefensos, siempre al borde de revivir y volver a padecer nuestros errores, por más piadosa y selectiva que tengamos la memoria. Es una simple cuestión de entrenamiento, de práctica, para alcanzar la sublime habilidad que permite re-imaginar lo peor de nuestro pasado, lo peor de nuestras vidas, corrigiéndolo.

## LA IMAGINACIÓN EN ABISMO

Estaba yo satisfecho, por no decir que orgulloso, del efecto “sanador” que mi texto prometía, pero el tal beneficio -con ser tanto- no era todo lo que esta experiencia literaria tenía para ofrecerme.

Poco antes de comenzar este texto se había publicado en Buenos Aires *Las dos o ninguna*, una novelita escrita unos tres años antes y ya bastante desdibujada en mi memoria. Puesto que estamos en pandemia, y cruzar el charco implica riesgos y molestias, no tuve un ejemplar en mis manos hasta hace unos pocos días -lo recibí exactamente una semana después de haberle puesto el punto final a *El Ser de Luz y la Diosa Idiota*-, gracias a los buenos oficios de un generoso viajero.

Apenas tuve la flamante novedad en mis manos me dediqué, por supuesto, a curiosar los detalles de la edición. Pasando páginas no tardó en regresar a mi memoria, en todo su desarrollo, el asunto de que trata. Un fulano tiene dos amantes que no se conocen entre sí y a las que aprecia profundamente y por igual. A pesar de que se trata de dos mujeres muy diferentes por todo concepto, él siente que le resultan inseparables, o sea, que si perdiera a una de ellas, la otra también saldría de su vida. A pesar de la felicidad de este funcionamiento trinitario casi matrimonial, el fulano cede a una temible pero irreprimible tentación: la de ser compartido por ambas ya no alternándolas en el tiempo sino a la vez y en la misma cama, la de darse a ambas *en un mismo ritual*, como una divinidad que se reparte entre sus fieles en forma de hostias. El experimento se lleva a cabo, no sin provecho, en términos de goce, para los tres, pero, dadas las diferencias insalvables termina en catástrofe. El trío termina por disolverse.

Porque entiendo que viene al caso, debo decir -y conste que esta debe de ser la primera vez que revelo el origen de una de mis historias- que, tanto tener dos amantes simultáneamente como el retrato preciso que hago de ellas, provienen directamente de mi experiencia personal. En otras palabras: me compartieron sin saberlo dos amantes por completo incompatibles entre ellas social, erótica y culturalmente, llenando durante largo tiempo mi vida de goce y alegría, a tal punto que pasaba de una a la otra con total naturalidad viviéndolas como las dos caras diferentes y complementarias de una amante perfecta. La instancia de reunir las en una misma experiencia jamás se me ocurrió. Seguramente hubiera tenido consecuencias tan catastróficas como las que relato en mi novelita.

Dicho todo esto creo que queda en evidencia que entre *Las dos o ninguna* y *El Ser de Luz y la Diosa Idiota* existe un estrecho parentesco. En la segunda he repetido el esquema argumental de la primera. Con diferencias de todo tipo en el asunto y en los desarrollos, pero el esquema argumental es el mismo. El narrador de la segunda es un viejo -o casi- que recuerda a dos amantes que no supo conservar, pero que le dieron, en momentos distantes en el tiempo, experiencias de relación extraordinarias, cada una a su manera, muy diversa, pero únicas e

insuperables. Tal y como sucedía en la primera novela, también las mujeres de la segunda provienen de mi experiencia personal.

Pero para el viejo repasar estos recuerdos no es fuente sino de angustia por las maravillas que no supo conservar. Decide convocar a los poderes de la imaginación para volver a tener a sus extraordinarias amantes, ya no por separado sino juntas, conviviendo con ambas felizmente en un contubernio a primera vista y por todos los motivos, imposible. Pero ¿qué es imposible para la imaginación cuando vuela desatada? El viejo consigue así borrar de su pasado los recuerdos que lo angustian, construyendo un falso recuerdo en el que revive esos momentos esenciales de una manera insuperablemente gratificante.

Perfecto, se me dirá, no hay problema en repetir el esquema narrativo de una novela a la otra. Un escritor, o un pintor, o un músico pueden con toda legitimidad retomar y reelaborar sus materiales, siempre que no sea por puro regodeo o para explotar un éxito de ventas, sino para llevarlos a niveles superiores de verdad o de expresividad. Pero no se detiene aquí el diálogo de los dos textos. Aquí la pregunta irreprimible es: ¿cuál sería la superación a la que conduce esta reelaboración? Para responder, las diferencias entre los dos textos son decisivas.

En *Las dos o ninguna* las relaciones son significativas, razón por las que son objeto de escritura, pero su pérdida, como consecuencia de un capricho un tanto absurdo, no es de la índole de convertirse su recuerdo en un infierno una vez llegado el narrador a la vejez. Serán recordadas con nostalgia, pero por puro regodeo erótico. En cambio, en *El Ser del Deseo y la Diosa Idiota*, la angustia de la pérdida es insoportable, somos testigos de una voluntad actuando en el vacío, utilizando a la imaginación para lograr que dos recuerdos ajenos entre sí se conviertan en un solo recuerdo, profunda para no decir que absolutamente, satisfactorio.

Como se ve el esquema narrativo es el mismo, pero cambia de valor de un texto al otro. En el primero no expresa más que un ludismo erótico algo irresponsable, en el segundo se convierte en el *instrumento* para rescatar a un viejo de los recuerdos angustiantes debidos a los errores graves convertidos en la vida. Habilita, en lo esencial, la utopía que está en el corazón de la segunda novela. Pero ¿es posible este rescate? Por qué no, responde el texto: basta con darle carta blanca a la imaginación. Desgastados por el tiempo ¿por qué los recuerdos habrían de ser más resistentes que lo imaginado?

Tal parece como si el primer texto fuera una especie de tanteo o ensayo, intrascendente en el fondo, cuyo éxito abriría las puertas para los objetivos superiores, trascendentes, del segundo texto. Parece como si aceitado el esquema argumental, puesto a punto en una simple crónica naturalista, posteriormente fuera aplicado a un material más complejo, en el que decididamente hay más en juego. Por supuesto que no es para nada razonable pensar en la sucesión de estos textos a la inversa.

Ahora bien, dicho esto es necesario tener en cuenta que trabajando el primer texto yo no tenía ni la menor idea de que tres años después estaría trabajando el segundo. Como he dicho más de una vez, trabajo no solo sin planificación alguna a futuro sino que, además, sin saber al comenzar un texto cómo habré de continuarlo. De manera que mi teoría del *tanteo* deja pendientes las siguientes preguntas: ¿Por qué la segunda novela necesitaba de una especie de

borrador? ¿Significa esto que la segunda novela, que considero especialmente relevante, no hubiera existido de no realizarse este borrador? ¿Y cómo es posible hacer el borrador de algo no concebido aún, ni sospechado siquiera? ¿Cómo es posible que años después de practicado, un giro narrativo caprichoso, que no lleva en la primera novela sino a una sensación vaga de malestar, de incomodidad, de absurdo, despierte una veta utópica latente, dormida, pero dolorosamente esencial?

Parece razonable -aunque probablemente sin consecuencia, como tantas ideas sutilísimas- proponer que existe en nuestra mente alguna instancia, inconsciente, sin duda, que no solo planifica nuestras erupciones creativas en un orden lógico sino que, además, lo hace de manera tal que eventualmente ese orden nos conduzca a estar en condiciones de producir obras, textos en mi caso, que alcancen, o rocen al menos, objetivos del orden de lo sublime, que es la palabra que encuentro para calificar el logro de mi viejo narrador al acabar con el acoso de pasados dolorosos reconvirtiéndolos en experiencias de puro goce, así sea imaginario. ¿Hay una lógica inconsciente de la producción que se adelanta a nuestras necesidades más profundas y nos provee de antemano de las herramientas que nos permitirán desarrollar nuestros proyectos? ¿Hay en nosotros *otra* mente, lúcida y prolija, que opera desde las sombras para que alcancemos las distintas instancias del arte y de la vida, con el debe y el haber, por lo menos, parejos? No menos atribuible a esa otra mente es el *efecto de verdad* que la imaginación produce reelaborando libremente los recuerdos, efecto de verdad que revela al viejo aspectos de la personalidad que no supo ver en esas mujeres tan especiales.

Por razones de pudor intelectual debiera de cerrar este post-scriptum *sin* dejar constancia de que la experiencia de completitud a que aspira la segunda novela -sostenida en la naturaleza excepcional de sus personajes simétricamente opuestos, el Ser de Luz y la Diosa Idiota-, implica, a su manera, *novelesca*, el final de las esquizofrenias cuerpo-alma, erotismo-espiritualidad, pecado-pureza, culpa-beatitud, bestia-ángel, etc., etc. Pero... ¿por qué habría de reprimirme? ¿Qué daño habría en que, al final de su obra el autor participe a su lector de los aspectos menos evidentes y quizá más interesantes de ésta, antes de que alguna interpretación sin vuelo venga a ocultárselos para siempre?

Octubre 2021



